Entre andamios y papel

Kella Foster

ENTRE ANDAMIOS Y PAPEL

KELLA FOSTER

CAPÍTULO 1

Blake

El lunes comenzó como todos los lunes en los últimos tres años: con el sonido del despertador a las seis y cuarto, los dieciséis minutos exactos de ducha tibia que Blake necesitaba para entrar en modo funcionamiento, y el olor del té de jazmín extendiéndose por el apartamento mientras ella abría el portátil sobre la encimera de la cocina.

Blake Whitmore tenía treinta y dos años, el pelo castaño oscuro que le llegaba justo por debajo de los hombros y la costumbre de leer los correos de trabajo antes de desayunar, lo cual, según su mejor amiga Orla, era la señal más clara de que necesitaba terapia urgente. Blake no lo veía así. Lo veía como eficiencia.

Vivía en un apartamento del quinto piso de un edificio de ladrillo rojizo en Capitol Hill, el barrio de Seattle que olía a café tostado y lluvia incluso cuando no llovía, que era raro porque en Seattle llovía casi siempre. Las ventanas daban al este y por las mañanas entraba una luz grisácea y suave que a Blake le gustaba más que cualquier amanecer naranja de postal. Esa luz era honesta. No prometía nada que no pudiera cumplir.

Esa mañana tenía tres correos nuevos de autores, uno del director editorial preguntando por el manuscrito de Hendricks que llevaba dos semanas en su mesa, y una notificación del edificio que no leyó hasta que ya estaba terminando el té.

Reparaciones en fachada norte y oeste. Inicio de obras: lunes 14 de octubre. Duración estimada: seis semanas. Se ruega a los residentes de los pisos tercero al sexto que mantengan las ventanas cerradas durante las horas de trabajo. Disculpen las molestias.

Blake miró las ventanas.

—Genial —dijo en voz alta, aunque no había nadie en el apartamento que pudiera escucharla.

Su gato, Melville, que era un persa gris con cara de estar siempre ligeramente ofendido, levantó la cabeza desde el sofá y volvió a cerrar los ojos. Tampoco él estaba muy impresionado.

Apuró el té, guardó el portátil en el maletín de cuero marrón que había comprado en Portland tres años antes y que ya tenía una rozadura en la esquina izquierda a la que había llegado a tomarle cariño, y salió al pasillo.

El ascensor tardó más de lo normal. Cuando las puertas se abrieron en la planta baja, casi chocó con la carretilla de herramientas que alguien había dejado aparcada justo frente a la salida del ascensor. Una carretilla naranja con dos ruedas, cargada de taladros, cubos de plástico verde y una caja metálica de la que asomaban llaves inglesas de distintos tamaños. Al lado de la carretilla había un hombre agachado, atando los cordones de unas botas de trabajo marrones con punteras de acero.

Blake tuvo que dar un paso a la derecha para no tropezar con él.

—Perdona —dijo automáticamente, aunque técnicamente era la carretilla la que estaba en su camino.

El hombre levantó la cabeza.

Tenía los ojos de un verde oscuro poco habitual, del color exacto que tiene el agua del lago Washington en noviembre, cuando el cielo está encapotado y no hay reflejos de sol que lo aclaren. El pelo, castaño con alguna hebra más clara por el trabajo al aire libre, llevaba el rastro de haberse pasado una mano por él varias veces esa mañana. Tenía una mandíbula cuadrada con dos días de barba sin afeitar y una pequeña cicatriz blanca sobre la ceja izquierda, apenas visible si no te fijabas, del tipo que dejan los puntos de cuando eres niño y te caes de una bicicleta o de un árbol.

—No, perdona tú —respondió él, y se puso de pie.

Era alto. Blake medía un metro sesenta y ocho, que no era poca cosa, y tuvo que subir la cabeza un par de centímetros para mirarlo a la cara. Llevaba una camiseta gris de manga larga debajo de un mono de trabajo azul marino con el logo de una empresa en el pecho izquierdo: una pequeña herramienta cruzada con las letras GRC Construction en blanco.

—¿Tú eres el de las obras? —preguntó Blake, aunque la respuesta era evidente.

—Uno de ellos —dijo él—. Somos un equipo de ocho.

—Ah.

Hubo un silencio de dos segundos exactos. El hombre agarró la carretilla por el mango y la desplazó hacia la pared para dejarle paso libre.

—Ya está. Puedes pasar.

—Gracias —dijo Blake, y pasó.

Empujó la puerta de cristal del vestíbulo y salió a la acera. El aire de la mañana tenía ese filo húmedo que Seattle regala en octubre, ese filo que te entra por el cuello del abrigo aunque lo lleves bien abrochado. Caminó hasta la parada del autobús con las manos metidas en los bolsillos del trench color tostado, pensando en el manuscrito de Hendricks y en los comentarios que tenía que mandarle antes del viernes.

No pensó en el hombre de los ojos verdes.

O al menos eso se dijo a sí misma.

***

La editorial Harrow & Bell ocupaba la cuarta planta de un edificio de cristal y acero en el centro de Seattle, entre Pike Street y Union Street, con vistas al Sound que en los días despejados eran francamente injustas para quienes tenían que trabajar con ordenadores en lugar de sentarse a mirarlas. Blake llevaba cinco

años allí, los últimos tres como editora sénior de ficción literaria, un cargo que sonaba imponente y que en la práctica significaba leer treinta páginas de cuarenta manuscritos distintos a la semana, negociar plazos con autores que siempre necesitaban más tiempo del que tenían, y reunirse dos veces al mes con el director editorial, Prescott Ames, que era un hombre de sesenta años con bigote gris y la convicción de que cualquier libro que no tuviera al menos un muerto en las primeras cincuenta páginas era comercialmente arriesgado.

Blake no compartía esa convicción, pero había aprendido a no decírselo directamente.

Su mesa estaba junto a la ventana. Era la única cosa del despacho —en realidad una sala compartida con otras cuatro editoras— que Blake había conseguido gracias a la pura antigüedad. Tres años antes, cuando ascendió, la mesa junto a la ventana estaba libre porque Dara Yoon acababa de irse a Simon & Schuster en Nueva York, y Blake la reclamó antes de que nadie pudiera decir nada. Desde entonces, era su territorio.

Sobre esa mesa vivían, en mayor o menor caos dependiendo del día de la semana, pilas de manuscritos en papel, tres tazas de distintas bebidas en distintos estados de temperatura, al menos dos bolígrafos rojo y el cuaderno de notas azul marino donde Blake escribía a mano sus comentarios editoriales antes de pasarlos al ordenador. Tenía la teoría de que escribir a mano obligaba a pensar de manera diferente. Más lenta. Más honesta.

Esa mañana llegó a las ocho y cuarenta y cinco, se quitó el abrigo, lo colgó en el gancho detrás de la puerta y fue directamente a por más té a la máquina de la cocina. La máquina hacía un té de jazmín aceptable, no tan bueno como el de su casa, pero aceptable.

—Llegas tarde —dijo Orla desde su mesa, sin levantar los ojos de la pantalla.

—Son las ocho y cuarenta y cinco.

—Tu hora habitual es las ocho y veinte.

—No hay ninguna norma que diga que tengo que llegar a las ocho y veinte.

—No —concedió Orla—. Pero tú sí te la pones a ti misma, que es peor.

Orla Delaney tenía veintinueve años, el pelo rojo intenso cortado en un bob que se rizaba un poco en los días de más humedad, y la capacidad de decir cosas incómodamente ciertas con una cara de completa tranquilidad que Blake encontraba a partes iguales irritante y admirable. Era editora de no ficción y llevaba tres años sentada a dos metros de Blake, lo cual las había convertido en el tipo de amigas que se conocen todos los defectos laborales pero se cubren las espaldas sin preguntar.

—Han empezado las obras en el edificio —explicó Blake, sentándose y abriendo el portátil—. Había una carretilla bloqueando el ascensor.

—¿Las obras de fachada? ¿Esas que llevan anunciando desde el verano?

—Esas.

—¿Y cuánto van a durar?

—Seis semanas. O eso dice el aviso.

—Las obras nunca duran lo que dicen —opinó Orla, como si fuera una ley física—. Tres meses mínimo. Yo te lo digo.

Blake no respondió porque el correo del director ya estaba abierto en la pantalla y necesitaba concentrarse en leerlo sin que el tono ligeramente acusatorio de Prescott le arruinara el inicio del día.

El manuscrito de Hendricks podía esperar hasta después de comer. O eso esperaba.

CAPÍTULO 2

Justin

Justin Mercer había pasado los últimos cuatro años trabajando en altura. No de manera continua ni siempre en el mismo edificio, pero sí en la sensación: esa de estar suspendido entre el suelo y el cielo con un arnés en la cintura y el viento de Puget Sound golpeando a veces con suficiente fuerza como para que tuvieras que agarrarte a algo con más cuidado del habitual.

Tenía treinta y cinco años. Llevaba once en la construcción, los últimos cuatro especializándose en trabajos de fachada y rehabilitación de edificios, lo que en lenguaje del oficio significaba que pasaba los días en andamios, con taladros antihumedad, mortero de reparación y la concentración exacta que requiere trabajar en lugares donde el error tiene consecuencias graves.

No era el trabajo que había imaginado de niño, que era lo que le decían cuando alguien se enteraba de que había dejado dos años de ingeniería en la Universidad de Washington. Pero era el trabajo que tenía, que conocía bien, y que hacía bien, que no era poco.

Su compañero habitual era Declan Ross, que tenía cuarenta y dos años y la espalda de un hombre que ha cargado cosas pesadas toda su vida y que sin embargo seguía siendo el primero en llegar a los andamios cada mañana. Declan era de Portland, tenía dos hijos adolescentes que en su opinión estaban demasiado pegados al móvil, y la habilidad de mantener una conversación sobre cualquier tema durante horas sin necesitar que su interlocutor participara activamente.

—Quinto piso izquierda, tienen una grieta en el alféizar que va a ser lío —anunció Declan mientras revisaban la fachada norte desde el andamio recién montado, a las siete y media de la mañana—. Lo vi ayer cuando hicimos la inspección previa. Humedades por dentro también, seguro.

—Ya lo vi en el informe —dijo Justin, pasando los dedos por la junta entre dos paneles de ladrillo—. Aquí también. Toda esta zona va a necesitar rejuntado completo.

—Seis semanas se van a quedar cortas —dijo Declan.

—Eso ya lo sabe el cliente. Pero empieza así y luego amplían si hace falta.

—Siempre es igual.

Justin no respondió porque estaba mirando la grieta del alféizar del quinto. Declan tenía razón, era un lío. Una grieta diagonal de unos doce centímetros que llevaba al menos dos años ahí, a juzgar por cómo el agua había ido lavando el mortero alrededor. Iba a necesitar más que relleno superficial.

Abajo, en la acera, la ciudad ya estaba en marcha. Seattle a las siete y media en octubre era un desfile de abrigos oscuros y paraguas cerrados que la gente llevaba como extensiones del brazo aunque no estuviera lloviendo, porque en cualquier momento podía empezar. Los autobuses pasaban pesados y luminosos. Un ciclista se colaba entre un taxi y una furgoneta de reparto con la confianza tranquila de quien lleva años haciéndolo.

Justin llevaba en Seattle cuatro años, desde que GRC Construction lo contrató para el proyecto de rehabilitación del edificio Faraday en Belltown. Antes había estado en Tacoma, y antes en Olympia, siguiendo el trabajo como hacía mucha gente de su oficio. Seattle le había gustado desde el principio de una manera que no había sabido explicar bien cuando su hermana Marisol le preguntó. No era el paisaje, aunque el paisaje era extraordinario. Era algo en el ritmo de la ciudad. Seria y un poco melancólica pero sin dejar de moverse.

—¿Tienes plan para comer? —preguntó Declan.

—El sitio de siempre.

—El de las sopas.

—El de las sopas.

—Bien —dijo Declan, satisfecho, como si la confirmación de la sopa fuera el punto más importante del día.

Siguieron revisando la fachada en silencio durante unos minutos. El viento trajo el olor a sal y a algas del Sound, ese olor que Justin había empezado a asociar con Seattle de manera definitiva e irreversible.

—La del apartamento del quinto —dijo Declan de repente.

—¿Qué?

—La mujer que salió esta mañana cuando estabas con la carretilla bloqueando el ascensor. ¿La viste?

—Sí, la vi.

—Guapa.

—Declan.

—Solo digo lo que veo.

—Céntrate en la grieta del alféizar.

Declan se rio con esa risa corta y satisfecha que tenía cuando sabía que había dado en el blanco pero era demasiado prudente para insistir mucho.

Justin volvió a la grieta. Pero por alguna razón que no quiso analizar demasiado, la imagen de la mujer del trench tostado con el maletín de cuero marrón y el gesto ligeramente irritado de quien tiene prisa y se encuentra obstáculos inesperados en el camino se quedó en algún rincón de su cabeza con más persistencia de la que debería.

***

A mediodía, Justin y Declan bajaron del andamio, se quitaron los arneses y cruzaron dos manzanas hasta el local de Greta, que no se llamaba así oficialmente sino Meridian Bowl, pero todo el mundo del barrio lo conocía como el de Greta porque Greta Sundqvist llevaba el local desde hacía veintidós años y era la que hacía las sopas.

El local era estrecho y largo, con mesas de madera oscura y bancos corridos, las paredes cubiertas de fotos enmarcadas de distintos tamaños que Greta había ido colgando durante dos décadas sin ningún orden aparente. Olía a caldo de verduras y a algo con jengibre que Justin no había conseguido identificar nunca a pesar de que llevaba meses yendo.

—El de siempre —dijo Declan en cuanto Greta se acercó.

—Sopa de lentejas con pan de centeno —confirmó Greta, que tenía setenta años, el pelo blanco recogido en un moño alto y la memoria prodigiosa de quien ha pasado dos décadas tomando pedidos—. ¿Y tú, Justin?

—Lo mismo, pero con el pan de masa madre si queda.

—Queda —dijo Greta, y se fue.

Declan se quitó los guantes de trabajo y los dejó sobre la mesa con cuidado, como hacía siempre, aunque la mesa tenía marcas de veinte años de uso y un par de guantes sucios no iban a hacerle ningún daño.

—¿Cuánto va a durar realmente esto? —preguntó, refiriéndose a las obras.

—Con la grieta del quinto, dos meses mínimo si nos ponemos a ello sin parar. Si hay más sorpresas dentro de la fachada, más.

—¿Le dijiste al encargado?

—Se lo diré esta tarde. Prefiero tener más datos antes.

Declan asintió. Greta trajo las sopas, que llegaban en cuencos de cerámica gris oscura con el pan en un plato aparte. Justin comió sin prisa, con el calor del caldo quitando el frío que te metía el andamio en los huesos aunque llevaras ropa técnica.

—Mi hija mayor quiere estudiar arquitectura —dijo Declan de repente.

—¿Caitlin?

—No, Caitlin quiere ser veterinaria. La pequeña, Nora. Tiene quince años y ya sabe lo que quiere, que eso ya es más de lo que yo sabía a esa edad.

—¿Y tú qué piensas?

—Que es buena idea —dijo Declan—. Que ojalá hubiera estudiado algo. Aunque —añadió, mirando el cuenco de sopa— tampoco me puedo quejar demasiado.

Justin pensó en los dos años en la Universidad de Washington. En los libros de cálculo estructural y en las prácticas de dibujo técnico. En la sensación de que aquello no era lo suyo, no de manera visceral, sino de una forma más sutil y más difícil de explicar: la sensación de estar en el sitio equivocado sin saber cuál era el sitio correcto.

Lo había encontrado en un andamio en Tacoma, de todos los sitios posibles. No de manera poética ni reveladora. Simplemente un día se había dado cuenta de que se levantaba con ganas de ir a trabajar, que el cansancio físico al final del día era de la clase que te permite dormir bien, y que entendía lo que estaba haciendo y por qué importaba.

No lo dijo. Comió la sopa.

CAPÍTULO 3

Blake

El martes Blake se despertó diez minutos antes del despertador, lo cual era el tipo de cosa que le pasaba cuando tenía algo que resolverle a su cerebro y este decidía empezar antes de tiempo sin consultarle. Ese algo era el manuscrito de Hendricks.

Archer Hendricks era uno de los autores más complicados que Blake había editado en cinco años en Harrow & Bell, y eso era decir mucho porque había editado a gente con manías notables. Hendricks tenía cincuenta y ocho años, llevaba cuatro novelas publicadas con la editorial, todas aclamadas por la crítica y con ventas dignas sin ser espectaculares, y la convicción de que cualquier sugerencia editorial era un ataque personal a su integridad artística.

El nuevo manuscrito se llamaba provisionalmente La latitud del invierno. Tenía cuatrocientas veintidós páginas y un problema serio en el segundo acto que Hendricks no quería ver.

Blake lo sabía porque llevaba tres semanas con el manuscrito, había leído cada párrafo dos veces, había tomado seis páginas de notas en el cuaderno azul marino y había llegado a la conclusión que temía desde las páginas ochenta: el protagonista perdía consistencia justo cuando la trama lo necesitaba más firme. No era un problema de escritura. La prosa de Hendricks era sólida, a veces incluso brillante. Era un problema estructural. El personaje hacía cosas que no encajaban con quien era en la primera mitad del libro, y el lector lo notaba aunque no supiera explicar por qué.

Iba a ser una conversación difícil.

Se preparó el té, abrió el portátil y pasó cuarenta minutos redactando el correo. Lo borró tres veces. En la cuarta versión encontró el equilibrio entre la honestidad que el manuscrito necesitaba y el tacto que Hendricks requería, y lo mandó antes de poder seguir dándole vueltas.

Luego se duchó, se puso unos pantalones de pana verde oscuro, una blusa de seda color marfil y las botas de ante marrón de tacón bajo que eran sus favoritas para los días de trabajo largo. Cogió el maletín y salió.

En el vestíbulo había dos hombres de la empresa de obras revisando algo en la pared junto al buzón. Uno de ellos era el de los ojos verdes de ayer. El otro era un hombre mayor, más ancho de hombros, con el pelo entrecano y una expresión de concentración absoluta mientras señalaba una mancha de humedad en la esquina inferior de la pared.

Blake fue hacia la puerta intentando no interrumpirlos. El de los ojos verdes la vio y le hizo un gesto con la cabeza, breve, del tipo que dice hola sin necesitar decir nada. Blake le devolvió el gesto y siguió hacia la salida.

—Espera —dijo él.

Se giró.

—¿Qué?

—El buzón del cinco-A —dijo el hombre, señalando los buzones de la pared de enfrente—. ¿Eres tú?

—Sí —dijo Blake, que vivía en el 5A desde hacía tres años.

—Tenemos que acceder al interior de tu apartamento esta semana para revisar una filtración. El encargado del edificio te manda un aviso formal, pero si ya sé que eres tú, puedo decirte directamente que será el jueves por la mañana. Necesitamos ver la pared del salón que da a fachada norte.

—¿El jueves por la mañana?

—Entre las nueve y las once. Si no puedes estar, podemos coordinar otra hora.

Blake calculó rápidamente. Tenía una reunión con Prescott a las nueve y media que no podía mover.

—Las once en punto —dijo—. Puedo estar a las once.

—Perfecto.

Hubo un silencio de un segundo.

—Justin Mercer —dijo él, y extendió la mano. La tenía áspera, con la clase de callos que da el trabajo con herramientas durante años.

—Blake Whitmore —respondió ella, y le estrechó la mano.

El apretón fue breve y firme. Los ojos verdes la miraron con algo que no era exactamente interés pero tampoco era indiferencia, más bien una especie de atención tranquila que Blake no supo muy bien cómo catalogar.

—Hasta el jueves, entonces —dijo Justin, y volvió a la pared de humedad.

—Hasta el jueves —confirmó Blake, y salió a la calle.

El viento le dio en la cara con más ganas que el día anterior. Metió las manos en los bolsillos y caminó hacia la parada del autobús pensando en Archer Hendricks y en el segundo acto de La latitud del invierno.

Y en los callos en la mano de Justin Mercer, que no había esperado encontrar tan firmes.

***

Esa tarde, cuando volvió del trabajo, el apartamento tenía la temperatura exacta que tenía siempre a esa hora en octubre: un poco más frío de lo que debería pero no lo suficiente para poner la calefacción todavía. Blake se cambió de ropa, se puso el jersey de lana borrosa color arena que había comprado en un mercadillo el año pasado y que era, objetivamente, el jersey más cómodo que había tenido en su vida, y se sentó en el sofá con Melville y el manuscrito de Hendricks en papel.

Leyó durante dos horas con el bolígrafo rojo en la mano. La página ciento cuarenta y tres era la que necesitaba revisar con más cuidado. Allí empezaba el problema. El protagonista, un historiador

llamado George que durante las primeras cien páginas había demostrado ser meticuloso, prudente y con una incapacidad casi física para actuar sin información suficiente, tomaba de repente una decisión impulsiva que podía costarle el trabajo y la relación con su hija.

En sí misma, la decisión no era imposible. La gente hace cosas que no cuadran con su carácter, sobre todo bajo presión. El problema era que Hendricks no había construido la presión suficiente. El lector llegaba a la página ciento cuarenta y tres sin haber sentido que George estaba al borde. Y entonces George saltaba al vacío, y el lector se quedaba mirando la página pensando: ¿pero qué ha pasado aquí?

Blake subrayó cuatro párrafos con el rojo, escribió dos páginas de notas en el cuaderno azul y se preguntó cómo iba a explicarle eso a Hendricks sin que Hendricks colgara el teléfono.

Melville se estiró sobre su regazo, ronroneando con esa energía de motor pequeño y satisfecho que tenía cuando le daba la gana, que no siempre coincidía con cuando Blake necesitaba compañía pero que agradecía igualmente.

—¿Tú qué harías con el segundo acto? —le preguntó al gato.

Melville parpadeó lentamente.

—Pensándolo bien —dijo Blake—, mejor no.

Abrió el portátil para revisar el correo. Hendricks no había respondido todavía. Prescott había mandado un recordatorio sobre la reunión del miércoles. Orla había mandado un enlace a un artículo sobre tendencias en ficción literaria con el comentario: esto te va a hacer daño. Blake lo abrió y en efecto le hizo algo de daño, porque el artículo decía que los lectores modernos querían más acción y menos introspección, que era exactamente lo contrario de lo que ella defendía editorialmente desde hacía tres años.

Cerró el artículo. Abrió la ventana del Word con sus notas. Siguió trabajando.

A las diez y cuarto apagó el portátil, se lavó los dientes, y tardó exactamente tres minutos en quedarse dormida, que era su marca personal.

CAPÍTULO 4

Justin

El miércoles Justin llegó al andamio con el informe de la inspección visual terminado y una lista de materiales que iba a hacer sudar al presupuesto inicial. Las grietas de la fachada norte eran más extensas de lo que el primer vistazo sugería. No peligrosas, el edificio no corría ningún riesgo estructural inmediato, pero sí lo suficiente serias como para requerir un trabajo de rejuntado y sellado más exhaustivo que el previsto.

Lo llamó al encargado del edificio, un hombre llamado Curtis que respondió en el segundo tono y escuchó el informe con ese silencio propio de quien está calculando costos en tiempo real.

—¿Cuánto más de presupuesto? —preguntó Curtis.

—Todavía no puedo darte un número exacto. Necesito ver el estado del interior de algunos apartamentos. Hay uno en el quinto con el que ya tengo cita para el jueves. Si el resto de los que dan a fachada norte están en el mismo estado, estamos hablando de ampliar el contrato.

—¿Y el plazo?

—Ocho semanas como mínimo en lugar de seis.

Curtis suspiró de la manera en que suspira la gente cuando ya sabe que algo va a costar más de lo planeado pero necesita el tiempo de exhalar para aceptarlo.

—De acuerdo. Mandame el informe escrito antes del viernes.

—Esta tarde te lo mando.

Colgó y guardó el teléfono. Declan estaba en el extremo opuesto del andamio, revisando una sección de cornisa con una linterna pequeña.

—¿Qué dijo? —preguntó sin girarse.

—Lo que suelen decir. Que cuánto y que cuándo.

—¿Y?

—Y que le mande el informe.

Declan asintió y siguió con la linterna. El viento ese día era más fuerte que el martes. Empujaba desde el noroeste con una constancia que obligaba a recalcular el centro de gravedad si te movías por el andamio sin prestarle atención.

Justin le prestaba atención. Era lo primero que te enseñaban y lo último que podías permitirte olvidar.

Trabajaron hasta la una y media. Después bajaron, se quitaron los arneses y Declan desapareció hacia donde aparcaba la furgoneta a buscar algo que había olvidado. Justin fue hacia la entrada del edificio a recoger las notas que había tomado esa mañana y que había dejado en la carpeta dentro de la zona de obra delimitada en el vestíbulo.

La mujer del 5A salía en ese momento.

Llevaba un abrigo largo de color burdeos que Justin no le había visto antes, con el cuello subido contra el viento. El maletín en una mano, en la otra un termo plateado. Tenía el pelo recogido en un moño bajo que llevaba una pluma verde oscura pinchada, del tipo decorativo, aunque quizá era un bolígrafo que había metido ahí en un momento de distracción. Andaba con paso rápido y seguro, la clase de paso de quien sabe exactamente adónde va.

—Buenas tardes —dijo Justin.

Blake levantó la vista de donde la tenía, que era probablemente en algún punto abstracto del suelo delante de ella.

—Hola —respondió. Luego, reconociéndolo: —¿Sigues aquí a esta hora?

—Acabo de bajar para comer. ¿Tú vas a trabajar?

—Siempre —dijo ella, con un tono que sonaba más cansado de lo que probablemente pretendía—. Reunión en la editorial.

—¿Editorial? ¿De libros?

—De libros —confirmó Blake—. Harrow & Bell. Estoy en Pike con Union.

—Yo pasé por delante hace unos meses —dijo Justin—. Estuvimos haciendo un trabajo en el edificio de al lado.

Blake lo miró un momento como si estuviera calculando algo.

—¿Y te gusta leer? —preguntó, y en su voz había una especie de curiosidad sin acritud, del tipo que no da por sentada la respuesta.

—Bastante —dijo Justin—. ¿Por qué lo preguntas así?

—No lo he preguntado de ninguna manera especial.

—Sí que lo has hecho.

Blake abrió la boca y la cerró. Luego hizo algo que Justin no esperaba: se rio un poco, brevemente, con los labios apretados.

—Tienes razón. Mala costumbre. Lo siento.

—No pasa nada —dijo él—. ¿Qué lees tú?

—Trabajo, así que casi todo lo que leo son manuscritos. Pero cuando puedo elijo novelas largas con protagonistas que piensan demasiado.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Depende del día.

El viento movió el abrigo burdeos. Blake miró el termo en su mano y luego a Justin.

—Mañana a las once —dijo.

—A las once —confirmó él.

Y ella se fue hacia la acera, el abrigo moviéndose con el viento de octubre, y Justin se quedó mirando la carpeta en su mano sin leer lo que ponía en ella durante unos segundos.

Declan apareció por el callejón lateral con una llave en la mano y cara de haber resuelto algo importante.

—¿Estabas hablando con la del quinto? —preguntó.

—Con la del 5A, sí.

—¿Y?

—Y nada. Mañana tenemos la inspección del interior.

Declan lo miró con la expresión de quien no se cree que eso sea todo pero decide no decir nada.

—Vamos a comer —dijo Justin.

***

Esa noche Justin fue al gimnasio donde iba tres veces por semana, un local pequeño y sin pretensiones en un semisótano de Broadway con máquinas que llevaban diez años allí y un olor a caucho y desinfectante al que ya estaba tan acostumbrado que casi no lo notaba. Pasó cuarenta minutos con pesas libres, veinte en la cinta, y luego se sentó en el vestuario con el teléfono a revisar mensajes.

Su hermana Marisol había mandado una foto de sus sobrinas, Lena y Petra, disfrazadas de ensayo para Halloween, que era la semana siguiente. Lena iba de bruja con un sombrero demasiado grande y Petra iba de algo que parecía un dinosaurio pero podía ser un dragón. Las dos tenían exactamente la misma cara de seriedad absoluta que ponían en todas las fotos, que era la misma cara que ponía Marisol desde los cinco años y que Justin había heredado a su vez de manera bastante fiel.

Respondió con un par de emojis, que era su manera de comunicar que había visto la foto y le había gustado sin tener que escribir un párrafo.

Luego abrió el libro que llevaba leyendo desde hacía dos semanas. Era una novela de un autor noruego que transcurría en un pueblo de pescadores durante los años sesenta. Era larga, lenta en los momentos en que quería serlo, y tenía ese tipo de prosa que no llama la atención sobre sí misma pero que cuando llevas cincuenta

páginas te das cuenta de que has visto todo lo que describía con una claridad que no suele darse.

Justin leía de noche, en la cama, con la lámpara de la mesilla. Era el momento del día en que mejor le funcionaba la cabeza para eso. Al contrario que con el trabajo, donde necesitaba la mañana para los problemas que requerían concentración máxima.

Leyó hasta las once. Apagó la lámpara. El apartamento en la oscuridad tenía el sonido de la ciudad filtrándose a través de las ventanas, el paso de los últimos autobuses de la noche, alguna conversación desde la acera de abajo que llegaba amortiguada e incomprensible.

Cerró los ojos y pensó, sin buscarlo, en la pregunta que le había hecho Blake Whitmore.

¿Y te gusta leer?

Y en cómo se había reído al darse cuenta de que la había preguntado de una manera determinada.

Se durmió antes de haberle dado demasiadas vueltas.

CAPÍTULO 5

Blake

El jueves por la mañana Blake llegó a su apartamento exactamente a las once menos cinco, después de una reunión con Prescott que había durado cuarenta minutos más de lo planeado porque Prescott tenía la costumbre de empezar las reuniones con un tema y terminarlas con otros tres que no estaban en la agenda.

Se quitó el abrigo, lo tiró sobre la silla del recibidor y fue a la cocina a buscar agua. Estaba bebiendo cuando llamaron a la puerta.

Abrió. Justin Mercer estaba en el pasillo con una mochila de herramientas pequeña colgada del hombro y un medidor de humedad en la mano, un aparato rectangular de color amarillo con una pantalla digital y dos electrodos en la punta.

—Las once en punto —dijo él.

—Puntual —dijo Blake.

—Intento serlo.

Blake se hizo a un lado para dejarlo pasar. Justin entró mirando directamente hacia la pared del salón que daba a la fachada norte, con el gesto práctico y concentrado de alguien que ya sabe lo que ha venido a buscar y dónde buscarlo.

El salón de Blake era una habitación de tamaño medio con suelo de madera clara, una librería que ocupaba casi toda la pared este y que estaba organizada con una mezcla de sistema alfabético y temático que solo ella entendía del todo, y un sofá de tela gris antracita en el que Melville había dejado su marca en forma de pelos grises con claridad suficiente como para saber quién mandaba en esa casa. Sobre la mesa de centro había el manuscrito de Hendricks, el cuaderno de notas y una taza vacía.

Justin fue directamente a la pared norte.

—¿Puedo? —preguntó, señalando el rodapié.

—Adelante.

Se agachó y pasó los electrodos del medidor por distintos puntos del rodapié y de la pared, empezando desde la esquina izquierda. La pantalla digital iba dando números. Algunos eran tranquilizadores. Otros no tanto.

—Aquí —dijo, señalando un punto a unos cuarenta centímetros del suelo—. Hay humedad dentro del muro.

—¿Mucha?

—Bastante. No es emergencia, pero si se deja, acaba afectando al acabado interior. ¿Tienes manchas en la pared?

—En invierno aparece algo oscuro en esa esquina —dijo Blake, señalando—. Siempre pensé que era condensación.

—Condensación puede ser también, pero esto es filtración de fachada. La grieta exterior lleva tiempo y el agua entra con la lluvia. Necesitamos sellarlo bien por fuera.

Justin siguió pasando el medidor por distintas zonas de la pared. Blake se quedó de pie a una distancia razonable, observando el proceso. No era el tipo de situación que la incomodara, que alguien de fuera entrara a revisar algo en su apartamento. Había tenido técnicos de distintos servicios suficientes veces como para estar acostumbrada. Pero había algo en la manera en que Justin trabajaba, esa concentración tranquila sin ninguna prisa innecesaria pero tampoco ningún movimiento de más, que resultaba curiosamente fácil de observar.

Melville apareció desde el dormitorio, como hacía siempre con los desconocidos: esperando hasta que creía que ya no esperaban verlo y entonces presentándose.

Se detuvo en el umbral, miró a Justin con sus ojos anaranjados durante tres segundos exactos, y luego fue hacia la librería y se subió al segundo estante desde abajo, que era su punto de observación preferido.

—¿Es tuyo? —preguntó Justin sin dejar de mirar la pared.

—Melville.

—¿Como el escritor?

Blake lo miró.

—Sí —dijo.

—¿Lo has leído?

—Moby Dick tres veces —dijo Blake—. Las demás obras menos. ¿Y tú?

—Una vez. En la universidad. Me costó las primeras cien páginas.

—Todo el mundo dice eso. Las primeras cien páginas son la prueba.

—¿Y si la pasas?

—Entonces te quedas —dijo Blake—. Con el libro y con el autor.

Justin la miró un momento desde donde estaba agachado. Una de esas miradas cortas pero directas.

—Pasé la prueba —dijo.

—Ya me lo imaginaba —respondió Blake, sin saber exactamente por qué lo decía.

Justin terminó la revisión, anotó los datos en una libreta pequeña que sacó de la mochila, y se puso de pie.

—Necesito revisar también el dormitorio si da a fachada norte.

—Da al este.

—Entonces con esto hay suficiente. Te mando el informe por correo electrónico, o mejor se lo mando al encargado y él te lo hace llegar.

—Puedes mandármelo directamente a mí si quieres —dijo Blake, y fue a la cocina a buscar un bolígrafo. Escribió su correo en una hoja del bloc que tenía colgado de la nevera—. Así no tengo que esperar a que Curtis me lo reenvíe.

Justin cogió el papel y lo miró. Luego lo dobló con cuidado y lo metió en el bolsillo delantero de la mochila.

—Te lo mando esta tarde —dijo.

—Gracias.

Fue hacia la puerta. Blake lo acompañó. En el pasillo, antes de que Justin se girara del todo, Melville lanzó desde la librería un maullido breve e imperioso que no iba dirigido a nadie en particular o quizá a todos en general.

—Opina sobre todo —explicó Blake.

—Buen sistema —dijo Justin.

Y se fue escalera abajo.

Blake cerró la puerta y se quedó un momento en el recibidor con la mano todavía en el pomo. Luego fue a la cocina, se preparó más agua con unas rodajas de limón que era lo que bebía cuando estaba pensando en algo y no quería admitir que estaba pensando, y se sentó a la mesa con el manuscrito de Hendricks.

Leyó durante veinte minutos sin retener casi nada de lo que leía.

***

El correo de Justin llegó a las cuatro y cuarenta y siete de la tarde. Era un informe técnico con terminología de construcción que Blake entendió a medias, pero la conclusión era clara: la filtración era real, requería intervención en fachada, y durante los trabajos podía haber polvo y vibraciones que se percibirían en el interior del apartamento. La empresa tomaría las medidas necesarias para minimizar las molestias.

Al final del correo, después de la firma, había una línea que no era parte del informe:

El autor noruego que estoy leyendo se llama Tarjei Vesaas. Si te gusta la prosa lenta y los protagonistas que piensan demasiado, puede que te interese.

Blake leyó esa línea dos veces.

Luego abrió una pestaña nueva, buscó a Tarjei Vesaas, leyó la sinopsis de tres de sus novelas, añadió Las aves al carrito de la librería online y cerró la pestaña.

Respondió al correo con: Gracias por el informe. Miraré a Vesaas.

Y volvió a Hendricks.

Pero se le escapó una sonrisa pequeña antes de poder evitarla, y Melville, desde el sofá, la miró como si hubiera notado algo.

CAPÍTULO 6

Justin

El viernes por la tarde, cuando el resto del equipo ya se había ido, Justin se quedó en el andamio de la fachada norte media hora más revisando la zona que tendrían que tratar primero la semana siguiente. Era una costumbre que tenía en los proyectos nuevos: quedarse solo con la fachada un rato, sin el ruido de las herramientas ni la conversación de los compañeros, para ver lo que el trabajo en equipo no siempre dejaba ver.

La fachada del edificio era de ladrillo rojo con juntas de mortero que en su mayor parte estaban bien pero que en determinadas zonas, especialmente en los puntos donde había habido movimientos térmicos repetidos durante años, mostraban el desgaste acumulado. El sellado original tenía que tener al menos veinte años. En algunos puntos más.

Justin pasó el cuchillo de raspar por una junta en la que el mortero cedía con demasiada facilidad y pensó en el orden de trabajo. Primero la esquina superior izquierda, donde la grieta del alféizar del quinto conectaba con una fisura horizontal que corría metro y medio hacia la derecha. Luego bajando por la esquina, donde la pared hacía el encuentro con la perpendicular de ladrillo del muro medianero y ahí había varios puntos de entrada de agua.

Desde el andamio, a esta hora, el barrio tenía una luz diferente. La tarde de octubre en Seattle se ponía anaranjada y baja durante veinte minutos antes de que la noche lo cubriera todo, y esa luz tocaba los árboles de la calle y los coches aparcados y las ventanas encendidas de los edificios con una calidez que contrastaba con la temperatura real del aire, que era claramente otoñal.

La ventana del 5A estaba encendida.

Justin lo notó sin habérselo propuesto. Una ventana encendida entre otras veinte encendidas, y sin embargo la notó. Vio una silueta

moviéndose dentro, que podía ser cualquier cosa: alguien que pasaba de una habitación a otra, alguien que iba a la cocina a buscar algo, alguien que se sentaba.

Bajó del andamio. Recogió sus cosas. Se fue.

Esa noche quedó con su amigo Bram Kowalski, que era fotógrafo freelance y vivía en Fremont, para cenar en un bar de Ballard que hacía una hamburguesa de ternera con queso ahumado que Justin consideraba una de las mejores decisiones de la ciudad de Seattle. Bram tenía el pelo castaño claro casi siempre revuelto y la costumbre de llegar diez minutos tarde a cualquier cita con una cara de quien no entiende muy bien cómo ha pasado el tiempo tan deprisa.

—Llegas tarde —dijo Justin cuando Bram se sentó frente a él.

—Diez minutos —dijo Bram—. Eso no cuenta.

—Sí que cuenta.

—Bueno. ¿Cómo va la nueva obra?

—Bien. Más trabajo del que esperábamos en fachada. Va a durar más de seis semanas.

—¿Y eso es un problema?

—Para el cliente, sí. Para nosotros es trabajo asegurado.

Llegó el camarero. Pidieron las hamburguesas y Bram pidió además una cerveza artesana de una IPA local que a Justin le parecía demasiado amarga pero que Bram bebía como si fuera agua.

—¿Y qué más? —dijo Bram, con ese tono suyo de quien sabe que hay algo más y no tiene ningún problema en esperar a que salga.

—Nada más.

—Justin.

—En serio.

—Llevas tres minutos mirando el menú sin leerlo y ya sé lo que vas a pedir porque llevas pidiendo lo mismo desde hace dos años.

Justin dejó el menú.

—Hay una vecina del edificio —dijo.

—Ah.

—No es nada. Solo que... es editora. Lee mucho. Es interesante cuando habla.

—¿Le has dicho eso?

—Le he mandado una recomendación de libro en un correo de informe técnico —dijo Justin, y al escucharlo en voz alta sonó exactamente tan raro como era.

Bram lo miró durante tres segundos con total seriedad y luego se partió de risa.

—¿En el informe técnico?

—Al final. Después de la firma.

—Justin. Eso es lo más romántico y lo más raro que has hecho nunca.

—No es romántico, es solo una recomendación.

—Sí, claro —dijo Bram, todavía sonriendo—. ¿Y ella respondió?

—Dijo que lo miraría.

—Eso es una respuesta positiva.

—Es una respuesta educada.

—También puede ser las dos cosas.

Llegaron las hamburguesas. Justin comió con el pensamiento de que Bram tenía razón en que había sido raro, pero no con lo de romántico. Eso era otra cosa. O quizá no.

No lo decidió esa noche.

***

El sábado Justin fue al mercado de Pike Place porque necesitaba comprar para la semana y porque el mercado de Pike Place era una

de las pocas cosas de Seattle que todavía lo sorprendía un poco cada vez que iba, aunque llevara cuatro años. Había algo en el desorden controlado de los puestos, en el olor a pescado fresco mezclado con especias y flores cortadas, en la mezcla de gente de todo tipo que pasaba por los pasillos estrechos, que le parecía honesta. Eso era lo que pensaba cada vez que intentaba explicar por qué le gustaba, aunque honesta no era exactamente la palabra correcta. Viva, quizá.

Compró manzanas, queso, pan de centeno, un trozo de salmón que el puesto de pescados tenía con una pinta que justificaba el precio, y unos champiñones que planeaba preparar esa noche con ajo y un poco de jerez.

En el pasillo central, entre un puesto de flores y uno de miel, casi chocó con alguien que venía en dirección contraria con una bolsa de lona en cada mano.

Era Blake Whitmore.

Llevaba el pelo suelto, que no lo había visto así antes, cayéndole por los hombros con una onda natural. Vaqueros oscuros, zapatillas blancas y una cazadora de ante marrón encima de una camiseta de rayas. Sin el maletín. Sin el ritmo de quien tiene una reunión a la que llegar.

—Hola —dijo ella, con un tono ligeramente sorprendido.

—Hola —respondió él—. No sabía que venías aquí.

—Casi todos los sábados —dijo Blake—. ¿Y tú?

—También. No nos habíamos cruzado.

—El mercado es grande.

—Sí —dijo Justin.

Estaban de pie en el pasillo con la gente pasando a su alrededor, un flujo constante de personas con bolsas y carritos y niños que tiraban de las manos de sus padres. Un vendedor de flores anunció algo

sobre rosas de temporada con una voz lo suficientemente potente como para abrirse paso entre todo el ruido.

—Gracias por el correo —dijo Blake—. El informe y la recomendación.

—¿Miraste a Vesaas?

—Lo pedí online. Todavía no ha llegado.

—Llega pronto. El principio engancha más que Melville.

—Eso no es difícil —dijo Blake, con aquella media sonrisa que Justin ya había visto el miércoles.

—¿Comiste algo antes de comprar? —preguntó Justin, sin saber muy bien de dónde salía la pregunta.

Blake lo miró con los ojos ligeramente entrecerrados, no con desconfianza sino con la expresión de quien evalúa si la pregunta tiene trampa.

—No —respondió.

—Hay un sitio en el pasillo de abajo que tiene el mejor chowder de Seattle. Si tienes tiempo.

—¿Ahora?

—Ahora.

Un segundo de pausa. Dos.

—De acuerdo —dijo Blake.

Y Justin la siguió entre la gente hacia el pasillo de abajo, donde efectivamente el sitio seguía teniendo el mejor chowder de Seattle, al menos en su opinión personal y en la de Declan, que también contaba.

CAPÍTULO 7

Blake

El chowder llegó en cuencos de pan de masa madre, cremoso y denso con tropiezos de almeja y patata, con un olor que Blake reconoció como uno de esos olores que activaban algo en la memoria aunque no supieras exactamente qué. El sitio no tenía mesas, solo una barra larga de madera frente a las ventanas que daban al pasillo del mercado, con taburetes altos y la gente de codos sobre la barra mirando pasar el mundo.

—Comes aquí seguido —dijo Blake. No era una pregunta.

—Cada vez que vengo al mercado —confirmó Justin—. Que es casi todos los sábados.

—¿No te aburre comer siempre lo mismo?

—Cuando algo está muy bueno, ¿para qué buscas otra cosa?

—Para descubrir si hay algo mejor.

—¿Y si no hay nada mejor?

—Entonces vuelves —dijo Blake.

Justin la miró con algo que podría haber sido diversión o podría haber sido algo más, y Blake no terminó de decidirlo antes de que él desviara la vista al cuenco.

Comieron un rato en silencio. Era un silencio cómodo, lo que Blake consideraba una señal positiva porque los silencios incómodos eran una de las cosas que peor llevaba en las situaciones sociales nuevas. Este no lo era. Este tenía el ruido del mercado como fondo, el olor al chowder, la luz del sábado entrando por las ventanas.

—¿Cuánto llevas en Seattle? —preguntó ella.

—Cuatro años. Vine por trabajo, por un proyecto en Belltown. Me quedé.

—¿De dónde eres?

—De aquí, del estado. Crecí en Olympia. Luego Tacoma, luego aquí.

—¿Y te gusta más Seattle que los otros?

—Sí. No sé exactamente por qué.

—Yo llevo seis años —dijo Blake—. Vine de Boston para el trabajo también. Al principio me pareció demasiado verde y demasiado lluviosa.

—¿Y ahora?

—Ahora me parece perfectamente verde y perfectamente lluviosa.

Justin sonrió. Era la primera vez que Blake lo veía sonreír de verdad, no el gesto breve y cortés de la escalera sino algo más amplio que le cambiaba un poco el peso de la cara.

—¿Y la editorial? —preguntó él—. ¿Cómo es eso de editar libros?

—Complicado —dijo Blake—. La mayoría de la gente cree que es leer libros bonitos todo el día. Y hay mucho de eso. Pero también hay mucho de convencer a autores de que su tercer capítulo no funciona cuando ellos están absolutamente convencidos de que es la mejor cosa que han escrito.

—¿Y cómo lo convences?

—Con argumentos. Con datos. Con mucha paciencia y a veces con una conversación en la que los primeros veinte minutos son incómodos y luego el autor lo entiende y en el correo del día siguiente te da las gracias.

—¿Y si no lo entiende nunca?

—Entonces buscas el camino que tienes disponible dentro de lo que tienes. No todos los libros son lo que podrían ser. Algunos son lo que el autor pudo dar ese día.

Justin pensó en eso un momento.

—En construcción es similar —dijo—. A veces el cliente quiere algo que técnicamente no es la mejor solución, pero es su edificio y su

dinero. Haces lo que puedes dentro de lo posible.

—¿Y no te frustra?

—Sí. Pero es parte del trabajo.

—Sí —dijo Blake—. Es parte del trabajo.

Terminaron el chowder. Blake se bebió el vaso de agua con gas que había pedido y Justin pidió un té negro que llegó en una taza grande de cerámica color mostaza con una bolsita dentro.

—¿Cuánto tiempo más vais a estar en el edificio? —preguntó Blake.

—Con los cambios del informe, ocho semanas probablemente.

—¿Eso significa que seguiréis ahí hasta diciembre?

—Si no hay más sorpresas dentro de la fachada, sí.

—Qué largo.

—Para vosotros —dijo Justin—. Para nosotros es trabajo.

—Lo sé —dijo Blake—. No lo decía en mal sentido.

—Ya lo sé.

Hubo un momento de silencio diferente al anterior, más breve y con algo más dentro que Blake no quiso nombrar todavía.

—Tengo que seguir comprando —dijo ella, mirando las bolsas de lona que había dejado en el suelo junto al taburete.

—Yo también.

Pagaron. Blake insistió en pagar su parte aunque Justin hizo el gesto de que no era necesario, y él aceptó sin insistir más porque algo en el tono de ella le dijo que era importante.

Salieron al pasillo del mercado. La gente seguía moviéndose en las dos direcciones.

—El lunes estaremos otra vez en el andamio —dijo Justin—. Por si acaso escuchas ruido.

—Ya me he resignado al ruido —dijo Blake.

—Intentaremos que no sea demasiado antes de las ocho.

—Se agradece.

Él asintió. Ella también. Y luego cada uno se fue hacia su lado del mercado con sus bolsas, y Blake no se giró para mirar si él sí se giraba, aunque pensó en ello.

Compró lo que necesitaba para la semana, tardó quince minutos más de lo habitual porque se le había ido el hilo de la lista, y volvió al apartamento con las bolsas y algo que no había entrado con ella cuando salió esa mañana y que tampoco supo nombrar con precisión.

Melville la esperaba en la puerta.

—No digas nada —le dijo Blake.

Melville no dijo nada, que en él era casi más elocuente.

***

Esa tarde Blake le llamó a Orla, que respondió después de cuatro tonos con la voz de quien llevaba un rato enfrascada en algo y ha tenido que salir de ello a desgana.

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo Blake—. Solo llamaba.

—Tú nunca llamas solo porque sí los sábados por la tarde —dijo Orla —. Los sábados por la tarde estás leyendo o trabajando en manuscritos o las dos cosas.

—Hoy fui al mercado.

—Ya. ¿Y?

Blake se sentó en el sofá con Melville a su lado.

—Me encontré con el de las obras. Justin. El que revisó el apartamento ayer.

—¿Y?

—Fuimos a tomar un chowder.

Silencio.

—Orla.

—Estoy procesando.

—No hay nada que procesar.

—Blake. Tú no vas a tomar nada con nadie de manera espontánea. Necesitas agendarlo mínimo tres días antes.

—Eso no es verdad.

—Es completamente verdad y las dos lo sabemos. ¿Y qué pasó?

—Comimos chowder. Hablamos. Volvimos a comprar. Ya está.

—¿De qué hablasteis?

—De libros, del trabajo, de Seattle.

—¿Te gustó hablar con él?

Blake miró el techo.

—Sí —admitió.

—¿Y él a ti?

—No lo sé. Parecía que sí, pero no lo sé.

—¿Tiene cosas que te interesan?

—Lee. Piensa antes de hablar. No intenta impresionar.

—Blake —dijo Orla, con ese tono suyo de conclusión terminante—. Eso son tres de tus cuatro criterios principales.

—No tengo criterios principales.

—Llevas tres años diciéndome los mismos cuatro criterios cuando te pregunto qué buscas. Que lea, que piense, que no sea para el escaparate y que sepa escuchar. Acabo de oírte confirmar tres de los cuatro en treinta segundos.

—Solo fuimos a tomar un chowder —dijo Blake.

—Ya —dijo Orla—. Ya.

Colgaron diez minutos después. Blake se quedó en el sofá con Melville, que había empezado a ronronear de manera espontánea, que era su modo de decir que el ambiente estaba bien aunque nadie le hubiera preguntado.

Cogió el teléfono y buscó en la web de la librería el estado del pedido de Las aves.

Llegaba el martes.

CAPÍTULO 8

Justin y Blake

La semana del veinte de octubre empezó con lluvia. La clase de lluvia de Seattle que no es dramática sino persistente, que cae con una determinación tranquila desde el amanecer y que da la impresión de que podría seguir exactamente así durante una semana entera sin agotarse.

Justin llegó al andamio con el impermeable encima del mono de trabajo y los guantes de látex para el mortero que se usaba mal con la humedad si no ibas con cuidado. Declan ya estaba arriba, preparando la primera sección de rejuntado con la paciencia de quien lleva muchos años haciendo lo mismo bajo la lluvia y ha llegado a un acuerdo de respeto mutuo con el tiempo meteorológico.

—Fachada norte hoy y mañana —dijo Justin—. La esquina superior izquierda primero.

—Hecho —confirmó Declan, sin apartar los ojos del mortero que estaba mezclando.

Trabajaron durante tres horas en la parte más alta del andamio, limpiando juntas deterioradas con herramientas de mano para no levantar demasiado polvo con el tiempo húmedo, rellenando con mortero de reparación y sellando con una espátula. Era trabajo minucioso que requería la atención constante. La lluvia hacía que el mortero fresco tuviera que vigilarse porque podía lavarse antes de fraguar si se exponía demasiado.

A las once y cuarto, Justin bajó para recargar el cubo de mortero y fue entonces cuando vio a Blake salir del edificio.

Llevaba el paraguas abierto, negro con el mango de bambú, y los auriculares puestos. Caminaba con el ritmo diferente del que tenía los días de entresemana, más lento, no porque no tuviera adónde ir sino porque no tenía prisa en llegar. En la mano que sostenía las

correas de una mochila pequeña de tela asomaba la esquina de un libro.

Justin no la llamó. No había ningún motivo real para llamarla. Pero la vio pasar y se preguntó adónde iba en lunes por la mañana sin el maletín de cuero marrón.

Luego volvió al mortero.

A la hora del almuerzo, cuando estaba sentado en la escalera del vestíbulo con el sándwich que había traído de casa, la vio volver. Esta vez sin el paraguas abierto porque la lluvia había parado, y el libro ya no asomaba de la mochila sino que lo llevaba en la mano. En la otra mano, una bolsa de papel de la panadería que había en la calle paralela.

Lo vio sentado en la escalera y se detuvo.

—¿Comes aquí?

—El andamio con lluvia no es el mejor sitio para comer —dijo Justin.

—Lógico.

Se quedó de pie mirando la bolsa de la panadería, luego a él, luego otra vez la bolsa.

—¿Quieres un croissant? —ofreció—. Compré dos porque no sé por qué siempre compro dos cuando solo necesito uno.

—¿Son de mantequilla?

—¿Hay otro tipo aceptable?

—No —admitió Justin.

Blake se sentó en la escalera a su lado. No en el mismo escalón sino en el de arriba, con la espalda apoyada en la barandilla. Sacó los dos croissants de la bolsa, que eran de la panadería de Marigold, que era la mejor del barrio según el consenso general de al menos las tres personas que Justin había consultado sobre el tema.

Comieron en silencio durante un momento. La lluvia había dejado el aire limpio y el asfalto brillante y los árboles de la calle con las hojas

pegadas y relucientes.

—¿Qué libro traes? —preguntó Justin.

Blake lo levantó para que lo viera. Era una edición de bolsillo con la cubierta un poco doblada por el uso. El título decía Housekeeping, de Marilynne Robinson.

—¿Lo conoces? —preguntó Blake.

—No.

—Es de 1980. Es sobre dos hermanas huérfanas en Idaho y sobre la clase de personas que hay en el mundo: las que echan raíces y las que no pueden. Muy buena. —Hizo una pausa—. Ya la he leído antes. Es de las que vuelves.

—¿Llevas muchos de esos? ¿Libros a los que vuelves?

—Una docena larga. Tú, ¿tienes?

—El noruego —dijo Justin—. Vesaas. Aunque todavía no he terminado el que tengo.

—¿Cuánto llevas?

—La mitad.

—¿Y?

—Tienes razón con lo de la prosa —dijo Justin—. No llama la atención sobre sí misma y aun así ves todo.

Blake lo miró con una expresión de quien acaba de recibir una confirmación de algo que ya sabía pero le gusta escuchar.

—Exacto —dijo—. Eso es exactamente.

Justin terminó el sándwich. El croissant de Marigold era tan bueno como su reputación.

—¿Cuánto tiempo llevas sin trabajar hoy? —preguntó Blake.

—Desde las once cuando bajé a por mortero. Subo en diez minutos.

—¿Te molesta la lluvia para trabajar?

—Depende del tipo de trabajo. Para el rejuntado de hoy, algo. Para otras cosas, no.

—¿Y te gusta trabajar en altura?

Justin pensó en la pregunta, que no era de las que se respondían con la primera respuesta que te llegaba.

—Hay algo en ver la ciudad desde arriba que no se puede ver desde el suelo —dijo—. No es que me guste la altura en sí. Es que desde ahí ves las cosas de otra manera.

—¿Como cuáles?

—El tejado de ese edificio de allí —señaló uno de ladrillo oscuro tres manzanas al norte— tiene un jardín con árboles que desde la calle no existe. Desde el andamio lo veo cada mañana.

Blake siguió la dirección con los ojos, aunque desde donde estaban no se veía.

—¿Hay personas ahí?

—A veces. Un hombre mayor que riega algo los martes.

Blake se quedó mirando el edificio durante un momento.

—Eso es un regalo —dijo en voz baja, como si lo estuviera pensando más que diciendo.

—Sí —dijo Justin.

No dijo nada más durante un momento. El sol intentó abrirse paso entre las nubes desde algún punto del oeste con escaso éxito. Un gorrión aterrizó en la barandilla de la escalera, los miró con desconfianza y se fue.

—Tengo que subir —dijo Justin, poniéndose de pie.

—Claro.

Recogió la bolsa del sándwich. Blake seguía sentada en el escalón con Housekeeping en la mano.

—El libro —dijo Justin—. ¿Por qué vuelves a él si ya lo conoces?

Blake lo miró con los ojos algo entrecerrados por la luz que sí estaba llegando ahora, gris y horizontal.

—Porque dependiendo del momento en que lo lees, ves cosas diferentes —dijo—. La primera vez vi el libro. Esta vez estoy viendo algo más.

—¿Qué?

—Todavía no lo sé. Por eso lo estoy leyendo.

Justin asintió lentamente. Luego subió las escaleras y entró al edificio para coger los guantes y volver al andamio.

Desde arriba, veinte minutos después, vio que ella seguía en la escalera con el libro abierto sobre las rodillas, aunque la lluvia había vuelto a empezar y se había tenido que poner el paraguas negro con el mango de bambú.

No bajó. Siguió trabajando. Pero la imagen se quedó con él de una manera que ya era difícil de ignorar y que, a estas alturas, tampoco intentaba ignorar demasiado.

***

El miércoles llegó el pedido de Blake. Las aves, de Tarjei Vesaas, en traducción al inglés, con una cubierta azul pálido en la que se intuía un lago entre árboles. La dejó sobre la mesa de noche junto a Housekeeping, que llevaría a medias, y se prometió que la empezaría en cuanto terminara Robinson.

Esa misma tarde, mientras revisaba las últimas notas sobre el manuscrito de Hendricks antes de la llamada del jueves, le llegó un mensaje de móvil de un número que no tenía guardado.

El hombre del tejado estaba hoy. Tenía una regadera azul. – Justin Mercer

Blake se quedó mirando el mensaje durante unos segundos con el bolígrafo todavía en la mano.

Luego escribió: ¿Cómo tienes mi número?

La respuesta llegó a los treinta segundos: Lo pusiste en el papel de la nevera con el correo electrónico. Lo tenía anotado del informe.

Blake sonrió. Escribió: Gracias por el parte de seguimiento. Y luego, después de un momento: Guarda el número.

Tres puntos suspensivos. Luego: Guardado.

Blake puso el teléfono boca abajo sobre la mesa y volvió al manuscrito de Hendricks.

Pero tardó más de lo habitual en concentrarse de nuevo, lo que ella consideraría como la evidencia más objetiva de todo lo que había pasado esa semana, si hubiera querido buscar evidencias, que todavía no estaba del todo segura de querer.

CAPÍTULO 9

Blake

La llamada con Archer Hendricks duró cincuenta y tres minutos, de los cuales los primeros veinte transcurrieron exactamente como Blake había previsto: Hendricks escuchando en silencio con el tipo de silencio que no era receptivo sino cargado, del tipo que precede a la defensa. Luego los siguientes quince minutos fueron de Hendricks defendiendo el segundo acto con argumentos que eran emocionalmente sólidos pero narrativamente incorrectos, lo cual era comprensible porque nadie estaba más dentro de un libro que su propio autor, y eso a veces era la fortaleza y a veces era exactamente el problema.

Blake lo dejó hablar. No lo interrumpió. Tomó notas en el cuaderno azul marino con el bolígrafo rojo y esperó.

El minuto treinta y ocho fue el momento. Siempre había un momento, en estas conversaciones, en que el autor dejaba de defender y empezaba a escuchar de verdad. En el caso de Hendricks, el momento llegó cuando él mismo dijo, en mitad de una frase sobre la coherencia interna del personaje:

—Aunque supongo que el lector no ha visto lo que yo he visto de George hasta ese punto.

—No —dijo Blake, con calma—. El lector ha visto lo que tú le has mostrado. Y lo que le has mostrado es un hombre que no salta sin red. Así que cuando salta, necesita sentir el peso de lo que lo empujó.

Silencio. Hendricks respiró.

—El capítulo doce —dijo él, despacio—. Si añadiera algo en el capítulo doce...

—El doce y quizá el catorce —dijo Blake—. No mucho. Unas páginas que construyan la presión que George lleva acumulada. El lector no

necesita que se lo expliques. Solo necesita sentirlo.

Otros diez minutos de conversación, más tranquilos. Al final, Hendricks dijo que lo pensaría, que era la versión de Hendricks de decir que lo haría. Blake conocía esa distinción desde hacía cuatro años.

Colgó. Se quedó mirando el cuaderno abierto con las notas de la conversación y sintió esa satisfacción específica del trabajo editorial bien hecho, que no era espectacular ni se parecía en nada a lo que la gente imaginaba cuando decía que editar libros debía de ser maravilloso. Era más silenciosa y más sólida que eso.

—¿Cómo fue? —preguntó Orla desde su mesa sin levantar los ojos de la pantalla.

—Bien. Le costó veinte minutos pero lo entendió.

—¿Hendricks lo entendió? —Orla sí levantó los ojos—. ¿El mismo Hendricks que tardó tres meses en aceptar que el final de la segunda novela no funcionaba?

—El mismo.

—Eso es un milagro editorial, Blake.

—No es un milagro. Es paciencia y argumentos en el orden correcto.

—Y talento —dijo Orla—. No te quites mérito.

Blake no respondió, que era su manera de aceptar un cumplido sin comentarlo.

Esa tarde, cuando volvió a casa, había ruido en la fachada. No el ruido fuerte de las primeras horas de trabajo sino el sonido más contenido del final del día, golpes metálicos esporádicos y el raspar de herramientas sobre ladrillo que llegaba a través de la ventana cerrada como un murmullo persistente. Blake lo había incorporado ya a la banda sonora del apartamento sin darse cuenta, de la manera en que incorporas el ruido del tráfico o el de los vecinos hasta que está ahí y ya no lo distingues como algo separado de lo habitual.

Abrió el portátil. Tenía un mensaje nuevo de Justin.

El hombre del tejado tenía hoy un perro. No sé de dónde salió el perro.

Blake sonrió antes de poder evitarlo. Escribió: Quizá el perro siempre estuvo y tú no lo habías visto.

Respuesta: O el hombre lo trajo hoy por primera vez. Las dos cosas son posibles.

Blake: ¿Y cuál prefieres?

Justin, después de un momento: La que convierte algo conocido en algo nuevo.

Blake se quedó mirando eso último. Luego escribió: Esa es la buena respuesta. Y cerró el teléfono boca abajo sobre la mesa porque si seguía respondiendo no iba a leer nada esa noche.

Abrió Las aves de Vesaas, que había empezado dos días antes y que ya tenía tres páginas dobladas en las esquinas, que era su sistema de marcar sin bolígrafo cuando leía en la cama.

Tenía razón Justin. La prosa no llamaba la atención sobre sí misma. Y sin embargo lo veías todo.

***

El viernes de esa semana Orla la convenció de ir a una inauguración en una galería de arte de First Hill, el tipo de evento al que Blake normalmente hubiera puesto alguna objeción pero al que accedió porque Orla llevaba tres semanas diciéndole que salía poco y Blake había decidido que tres semanas era tiempo suficiente para que un argumento repetido mereciera ser atendido.

La galería era un espacio blanco y largo con suelo de cemento pulido y obras de un artista joven de Portland que trabajaba con fotografía intervenida, imágenes de paisajes del noroeste sobre las que había superpuesto estructuras geométricas de hilo de cobre. El resultado

era extraño y bonito de una manera que Blake no supo describir con precisión pero que le interesó genuinamente.

—¿Cuál te gusta más? —preguntó Orla, con una copa de vino blanco en la mano.

Blake señaló una fotografía grande, casi un metro de ancho, que mostraba un bosque de abetos en niebla sobre el que se superponían triángulos de hilo de cobre que convergían en un punto fuera del encuadre.

—Esa. El punto de convergencia no se ve, pero sientes que está ahí.

—Eso es una metáfora de algo —dijo Orla.

—No todo tiene que ser una metáfora.

—Cuando lo dice una editora literaria, sí.

Blake bebió de su copa de vino tinto, que era un Pinot Noir de Oregon que estaba bastante bien para ser de inauguración.

—¿Hablaste con el de las obras esta semana? —preguntó Orla, con ese tono de aparente casualidad que no engañaba a nadie.

—Nos mandamos mensajes.

—¿Mensajes de texto?

—Mensajes de texto.

—¿Sobre qué?

—Sobre un hombre en un tejado con un perro.

Orla la miró.

—¿Puedo ver?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque son mensajes privados y porque si los lees vas a hacer una interpretación exagerada.

—Los voy a interpretar exactamente como son.

—Eso es lo que me preocupa —dijo Blake.

Orla se rio. Una pareja pasó a su lado discutiendo en voz baja sobre si una de las obras era demasiado cara o solo cara. Blake la miró un momento y luego volvió a la fotografía del bosque con los triángulos de cobre.

—¿Cuándo lo ves? —preguntó Orla.

—No lo veo. Nos cruzamos.

—¿Solo os cruzáis?

—Comimos juntos una vez. Sentados en la escalera del edificio con croissants de Marigold. Fue circunstancial.

—Blake. Nada es circunstancial cuando el otro también podría haberse ido.

Blake no respondió inmediatamente. Miró la fotografía del bosque. El punto de convergencia fuera del encuadre.

—Es complicado —dijo al final.

—¿Por qué complicado?

—Trabaja en mi edificio. Lleva aquí tres semanas. En dos meses se va.

—O no —dijo Orla—. En dos meses termina el proyecto. Que no es lo mismo que irse.

—Orla.

—Solo digo lo que es.

Alguien llamó a Orla desde el otro lado de la sala. Orla le dijo con los ojos a Blake que esta conversación no había terminado y se fue a saludar.

Blake se quedó frente a la fotografía del bosque. Pensó en el punto de convergencia que no se veía pero que estaba ahí.

Pensó que Orla, como de costumbre, tenía más razón de la que convenía.

CAPÍTULO 10

Justin

El sábado Justin quedó con Bram para correr por el sendero que bordeaba el lago Union, que era lo que hacían cuando Bram tenía tiempo los fines de semana y el tiempo acompañaba lo suficiente como para que correr fuera una decisión razonable en lugar de heroica. Ese sábado el tiempo acompañaba: frío limpio, sin lluvia, el lago color acero bajo un cielo de nubes altas y blancas que no amenazaban nada.

Corrieron durante cuarenta minutos sin hablar más de lo necesario, que con Bram quería decir que Bram hacía comentarios esporádicos sobre lo que veía a su alrededor, un cisne, un kayak, un perro que corría paralelo al sendero con la seriedad de quien también tiene un objetivo claro, y Justin respondía con monosílabos o con nada, lo cual Bram llevaba años interpretando correctamente como señal de que le estaba prestando atención.

Cuando terminaron, se sentaron en un banco con las botellas de agua y Bram sacó de su mochila dos barritas de avena que masticaron durante un momento mirando el lago.

—¿Cuándo la ves? —preguntó Bram.

—¿A quién?

—Justin.

—No la veo. Nos cruzamos en el edificio.

—Y os mandáis mensajes.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque llevas dos semanas mirando el teléfono de una manera diferente —dijo Bram, con absoluta tranquilidad—. No es que lo mires más. Es que cuando lo miras y hay algo ahí, tienes una expresión que no tienes en otros momentos.

—¿Qué expresión?

—Una que no sé describir. Pero la distingo.

Justin miró el lago. El cisne había desaparecido hacia el extremo norte.

—Nos mandamos mensajes, sí.

—¿Sobre qué?

—Sobre cosas que veo desde el andamio. Ella responde y a veces añade algo.

—¿Y os veis en persona?

—Nos cruzamos.

—¿Solo os cruzáis?

—Comimos algo una vez. En la escalera del edificio.

Bram asintió lentamente, como procesando.

—Justin —dijo—. ¿Qué estás esperando?

—No estoy esperando nada.

—¿No?

—La situación es lo que es. Trabajo en su edificio. Es su vecina, es mi cliente técnicamente. Cuando terminen las obras ya no habrá motivo para cruzarnos.

—Eso es exactamente por qué hay que hacer algo antes de que terminen —dijo Bram—. No después.

—No es tan simple.

—¿Por qué no?

Justin pensó en la pregunta con honestidad. Bram era de las pocas personas a las que le debía eso.

—Porque si lo hago mal, se complica. Es su casa. Yo paso todos los días por delante de su casa.

—¿Y si lo haces bien?

No respondió inmediatamente.

—No lo sé —dijo al final.

—Ese no-sé suena interesante —dijo Bram—. Hace mucho que no te escucho un no-sé de ese tipo.

Justin bebió de la botella de agua.

—¿Desde cuándo eres terapeuta?

—Desde que eres mi amigo y no hablas con nadie más de estas cosas —dijo Bram—. Que eso es información que me das tú, no algo que he deducido yo.

Era verdad. Justin no era de los que compartían este tipo de cosas fácilmente. Su hermana Marisol lo sabía y lo aceptaba. Bram lo sabía y a veces lo cuestionaba, siempre con suficiente respeto como para que Justin no se cerrara.

—Voy a pensar en ello —dijo Justin.

—Eso es lo mejor que puedes hacer —dijo Bram, y se levantó del banco—. ¿Volvemos corriendo?

—Volvemos.

Corrieron de vuelta. El lago siguió siendo gris y plano y hermoso. Justin corrió mirando hacia delante y pensando en lo que Bram había dicho, y en la expresión que Bram había visto en su cara y que él no podía ver pero que, si era lo que Bram decía que era, tenía más información de la que Justin había admitido hasta ese momento.

***

El lunes siguiente fue Declan quien lo notó.

Estaban en el andamio revisando el progreso de la semana anterior, Justin con la tableta donde llevaba el registro de zonas tratadas y pendientes, cuando Declan dijo sin preámbulo:

—¿Cuándo la invitas a cenar?

—¿A quién?

—Justin.

—¿Cuándo te metiste tú en esto?

—Hace dos semanas cuando te vi mirando la ventana del quinto piso antes de bajar del andamio —dijo Declan, completamente imperturbable—. Solo digo lo que veo.

—Lo mismo que dijiste del mercado.

—Y también tenía razón en el mercado.

Justin guardó la tableta.

—No es tan fácil.

—¿Por qué no?

—Trabajo en su edificio.

—Eso es temporal —dijo Declan—. Lo otro puede no serlo.

—No sabes lo que es lo otro.

—Sé que llevas tres semanas más atento a los horarios de salida de los vecinos que a los de toda tu vida laboral anterior —dijo Declan—. Y mira que eres puntual.

Justin lo miró. Declan lo miró de vuelta con esa cara suya de haber dicho lo que tenía que decir y no tener ningún interés en retractarse.

—¿Cómo está la grieta del alféizar? —preguntó Justin.

—Tratada y sellada —dijo Declan—. Lista desde el viernes.

—Bien. Pasamos hoy a la sección central.

—Bien —dijo Declan. Y luego, antes de que pudieran cambiar completamente de tema: —Invítala a cenar, Justin. No a un chowder entre compras. A cenar.

Justin no respondió. Cogió la tableta y se fue al otro extremo del andamio.

Pero Declan tenía razón. Y él lo sabía. Y llevaba varios días sabiéndolo y esperando que se le ocurriera la manera correcta de hacerlo, que no era lo mismo que dudar.

O eso se decía a sí mismo.

CAPÍTULO 11

Blake

El manuscrito de Hendricks llegó con revisiones el jueves. Blake lo abrió con la expectativa guardada de quien no quiere ilusionarse antes de leer y comprobó, página a página, que Hendricks había hecho exactamente lo que necesitaba: no añadir más, sino construir mejor. Los capítulos doce y catorce tenían ahora dos escenas cortas que acumulaban la presión interna de George de una manera que el lector no vería como añadido sino como algo que siempre había estado ahí.

Era buen trabajo. Era muy buen trabajo.

Le mandó un correo que decía: Archer. El doce y el catorce resuelven exactamente lo que necesitaban resolver. El lector ya puede saltar con George. Buen trabajo.

La respuesta llegó diez minutos después: Tardé demasiado en verlo. Gracias por la paciencia.

Blake guardó el correo en la carpeta de Hendricks y se quedó mirando la pantalla con esa satisfacción específica, la del trabajo bien hecho que a veces tardaba meses en llegar pero que cuando llegaba hacía que todos esos meses tuvieran sentido.

—¿Cara de victoria? —preguntó Orla.

—Hendricks entregó las revisiones.

—¿Bien?

—Muy bien.

—Entonces mereces una copa esta noche —dijo Orla—. Te invito.

—Tengo cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas.

Orla la miró con los ojos entrecerrados.

—¿El de las obras?

—No —dijo Blake—. No hay nada con el de las obras. Tengo el manuscrito de Sorensen que necesito empezar esta semana o el lunes me llega otra vez Prescott.

—Prescott puede esperar.

—Prescott no puede esperar.

—Blake.

—Orla, en serio. Esta noche no. La semana que viene.

Orla aceptó con la expresión de quien anota algo mentalmente para futura referencia y no para echárselo en cara sino para seguir construyendo un argumento que ya tiene bastante material.

Blake se fue a las seis y media. Bajó del autobús en Capitol Hill y compró en la tienda de la esquina una botella de vino tinto de Washington, un Cabernet Sauvignon de Walla Walla que le habían recomendado hacía un mes y que todavía no había abierto, y unos quesos del mostrador que el encargado, un hombre de pelo gris que sabía más de quesos que nadie que Blake hubiera conocido, le recomendó con la seriedad de quien se toma las recomendaciones como responsabilidad personal.

Volvió al edificio. En el vestíbulo, la zona de obras estaba recogida a esa hora, las herramientas guardadas en los cajones con llave que GRC había instalado en un rincón. Las ocho de la tarde. El equipo hacía semanas que se iba antes de las seis.

Subió en el ascensor. En el pasillo del quinto, cuando iba hacia el 5A, la puerta del 5B se abrió.

El 5B era el apartamento de enfrente. Blake llevaba tres años en el 5A y el 5B había tenido tres inquilinos diferentes en ese tiempo, ninguno de los cuales había durado más de un año. El más reciente había llegado en agosto: un hombre al que Blake había visto exactamente dos veces en el pasillo y con quien había intercambiado

el tipo de saludo que los vecinos intercambian cuando están demasiado cerca para ignorarse pero demasiado desconocidos para hablar.

El hombre que salió del 5B no era ese inquilino.

Era Justin Mercer.

Blake se detuvo en mitad del pasillo.

Justin también se detuvo.

Llevaba ropa de casa: vaqueros oscuros, un jersey azul marino de cuello redondo con una pequeña mancha que parecía de pintura en el codo izquierdo. Sin el mono de trabajo, sin los guantes. Distinto. Y al mismo tiempo completamente reconocible.

—¿Tú vives aquí? —dijo Blake.

—Desde agosto —dijo Justin.

—¿En el 5B?

—En el 5B.

Un silencio.

—Somos vecinos —dijo Blake.

—Somos vecinos —confirmó Justin.

—¿Y no lo sabías?

—Supe que vivías en el quinto por la inspección. No sabía en qué piso específicamente. —Hizo una pausa—. El 5A y el 5B están enfrente.

—Sí.

—Eso es circunstancial —dijo Justin, con algo en los ojos que era entre diversión y algo más.

Blake recordó haber usado esa palabra con Orla. Croissants en la escalera. Circunstancial.

—¿Ibas a algún sitio? —preguntó Blake, señalando el pasillo con la cabeza.

—A por más leche. Se me ha acabado.

—La tienda de la esquina cierra a las nueve —dijo Blake—. Tienes tiempo.

—¿Y tú? ¿Qué tienes ahí? —preguntó, mirando la bolsa de la tienda.

—Vino y queso. Victoria editorial.

—¿Algo bueno?

—Un autor muy difícil que acaba de entregar revisiones que hacen que su novela sea lo que podía ser.

—¿Y eso se celebra con vino y queso solos?

Blake lo miró.

—¿Tienes tiempo antes de ir a por la leche?

Justin consideró esto aproximadamente tres segundos.

—Tengo tiempo.

***

Blake abrió el vino mientras Justin miraba la librería. No de manera educada y superficial, sino con la atención real de alguien que lee títulos y lee lomos y de vez en cuando inclina la cabeza para ver mejor.

—¿Tienes un sistema? —preguntó.

—Mixto —dijo Blake desde la cocina—. Alfabético dentro de cada sección temática. Pero las secciones son mías.

—¿Cuáles son las secciones?

—Ficción del siglo veinte, ficción contemporánea, no ficción, libros que no he leído pero que quiero leer, libros que he leído dos veces o más, y libros que no sé dónde poner.

—¿Los que no sé dónde poner tienen una sección propia?

—Necesitan estar en algún lugar.

Justin encontró en el segundo estante desde arriba el lomo verde de Las aves.

—Ya llegó.

—Llegó el martes —dijo Blake, y apareció con dos copas y la botella —. Lo empecé ese mismo día.

—¿Y?

—Me gusta más Isak Tore que Mattis —dijo Blake, sirviendo el vino —. Aunque Mattis es el más querido. Pero hay algo en Isak Tore que me resulta más verdadero.

—¿Por qué?

Blake le dio una copa. Se sentaron: ella en el sofá, él en el sillón de lana verde que estaba frente a la ventana y que nadie se sentaba nunca porque Blake lo usaba como superficie auxiliar para los manuscritos y los libros que estaba leyendo en paralelo, pero que esa noche estaba libre.

—Porque Isak Tore sabe lo que quiere pero no sabe cómo conseguirlo sin que le cueste todo lo demás —dijo Blake—. Y en lugar de resolverlo, espera. Lo cual puede parecer debilidad pero yo lo leo como algo más complicado.

—¿Como qué?

—Como respeto hacia las cosas que importan. Aunque ese respeto le cueste.

Justin tomó un sorbo del vino. El queso estaba sobre la tabla de madera que Blake había sacado de la cocina, tres variedades: un Manchego curado, un brie y un queso azul de Oregon que el encargado de la tienda había descrito como complejo pero accesible, que era exactamente la descripción que a Blake le parecía más honesta para un queso azul.

—¿Cuándo terminaste la novela del noruego? —preguntó Blake.

—El miércoles pasado.

—¿Y la releerás?

—Probablemente. No ahora. Pero algún día.

—¿Qué estás leyendo ahora?

—Una recomendación de Bram. Un amigo mío. Fotografía documental americana de los años cincuenta. No es novela.

—¿Y te gusta la fotografía?

—Me gusta la manera en que la fotografía captura algo que no sabías que era importante hasta que lo ves fijo.

Blake lo miró con esa expresión suya que Justin ya había empezado a reconocer: la de estar pensando algo que todavía no ha decidido si decir o no.

—Eso es exactamente lo que hace la buena prosa —dijo al final.

—¿La diferencia?

—La fotografía lo fija. La prosa lo mueve.

—¿Y cuál prefieres?

—Las dos —dijo Blake—. En momentos distintos.

Melville apareció desde el dormitorio con esa coreografía suya de indiferencia calculada. Miró a Justin. Miró la tabla de quesos. Se sentó en el suelo a distancia media con el rabo enrollado alrededor de las patas delanteras.

—Te está evaluando —dijo Blake.

—¿Y qué nota saco?

—Si se queda, notable. Si se va, aprobado. Si se acerca, sobresaliente.

Justin miró al gato. El gato lo miró de vuelta con sus ojos anaranjados y esa expresión suya de estar procesando algo que los humanos no podrían entender.

Diez minutos después, sin que nadie lo hubiera invitado, Melville cruzó la sala y se subió al reposabrazos del sillón de lana verde a quince centímetros de Justin.

—Sobresaliente —dijo Blake.

Justin miró el gato y luego a Blake, y la mirada duró un segundo más de lo que la conversación sobre el gato requería.

Hablaron durante dos horas. Del trabajo de Hendricks y de por qué reparar una fachada se parecía más a editar una novela de lo que parecía a primera vista, porque en ambos casos estabas restaurando algo que ya existía para que pudiera durar más. De Seattle y de si era una ciudad que guardaba los secretos de la gente o los dejaba a la vista. De la hermana de Justin, Marisol, y sus sobrinas Lena y Petra y sus disfraces de Halloween que eran serios como una amenaza. De los autores más complicados con los que Blake había trabajado, que no nombraba todos pero cuyas historias eran suficientemente buenas para hacer el anonimato irrelevante.

El vino se terminó. El queso casi.

—Son las diez —dijo Justin, mirando el teléfono.

—La tienda cerró hace una hora.

—Sí.

—¿Tenías leche suficiente?

—Sí —dijo Justin—. Tenía suficiente.

Blake lo miró. Él la miró. Y en ese momento ambos sabían lo que los dos sabían desde hacía rato, que era que la leche nunca había sido el punto, o sí lo había sido al principio pero había dejado de serlo en algún momento entre la segunda copa y la conversación sobre Vesaas.

—Me voy —dijo Justin, poniéndose de pie.

—Mañana empezáis la sección central.

—Sí. Antes de las ocho no.

—Agradecido.

Fue hacia la puerta. Blake lo acompañó. En el recibidor, con la mano en el pomo, Justin se giró.

—El sábado —dijo.

—¿Sí?

—¿Cenas conmigo el sábado? —preguntó—. No en la escalera del edificio ni en el mercado. A cenar.

Blake no tardó en responder.

—Sí —dijo.

—¿A las ocho?

—A las ocho.

Justin asintió. Abrió la puerta. Y antes de que Blake pudiera añadir nada, aunque no tenía nada que añadir, salió al pasillo.

Blake cerró la puerta. Se apoyó en ella un momento con la espalda.

Melville la miraba desde el sofá.

—Ya sé —dijo Blake—. No digas nada.

CAPÍTULO 12

Justin

El sábado Justin llegó al restaurante diez minutos antes porque era incapaz de llegar tarde a ningún sitio y porque la alternativa de esperar fuera con el frío de noviembre que había llegado esa semana a Seattle le pareció preferible a entrar tarde.

El restaurante se llamaba Vessel. Estaba en Capitol Hill, a cuatro manzanas del edificio, en un local de paredes de ladrillo oscuro y luz baja que no era romántica por diseño sino por consecuencia natural del espacio: techos altos, velas en las mesas, ventanas grandes que miraban a la calle mojada. Bram se lo había recomendado cuando Justin le dijo que necesitaba un sitio que fuera bueno sin ser pretencioso, y Bram, que conocía bien los restaurantes de Seattle porque fotografiaba para algunas de sus guías de turismo, le había dicho Vessel sin dudar.

Justin llegó, dio su nombre, lo llevaron a una mesa junto a la ventana y pidió agua mientras esperaba.

Blake llegó a las ocho en punto.

Llevaba un vestido color verde oscuro de manga larga que le llegaba a la rodilla, con las botas de ante marrón de tacón bajo que Justin le había visto otras veces. El pelo suelto, con esa onda natural que tenía sin el esfuerzo que otros tipos de pelo requerían. Un pendiente largo en cada oreja, de plata con una piedra verde que no era llamativo sino que completaba algo en el conjunto de una manera que Justin notó antes de poder describirla.

Se sentó frente a él.

—Llevas rato aquí.

—Diez minutos.

—¿Siempre llegas diez minutos antes?

—Siempre.

—¿A todo?

—A casi todo.

El camarero llegó. Pidieron vino, un Riesling de Alsacia que Blake eligió mirando la carta con la seguridad de quien sabe lo que busca y dónde está. Luego leyeron el menú en silencio durante un momento.

—¿Qué te recomiendas? —preguntó Blake.

—El salmón. Lo sirven con una crema de coliflor y una vinagreta de alcaparras que es mejor de lo que suena.

—¿Has venido antes?

—No. Me lo dijo un amigo que sí ha venido.

—¿Bram?

—Bram.

—¿El fotógrafo?

—El mismo.

Blake cerró el menú.

—El salmón, entonces.

El vino llegó. Brindaron sin decir nada específico, lo cual a Justin le pareció más honesto que buscar una frase para la ocasión.

—¿Cómo van las obras? —preguntó Blake.

—Bien. La semana que viene terminamos la sección central de la fachada norte. Si no hay sorpresas, podemos pasar a la oeste antes del quince de noviembre.

—¿Y cuándo terminái s en total?

—Primera semana de diciembre si todo va bien.

Blake asintió. Bebió un poco del Riesling, que era seco y mineral y muy bueno.

—¿Y después de este proyecto, qué?

—Hay otro en Ballard que empieza en enero. Un edificio de los años cuarenta con la fachada de piedra que necesita trabajo serio.

—¿Te quedas en Seattle.

—De momento sí. Me quedo.

No era una pregunta de él. Pero había algo en cómo lo dijo, en el de momento y en la pausa antes del me quedo, que sonó a más que una respuesta sobre trabajo.

La comida llegó. El salmón era exactamente como Bram había descrito. Blake lo probó y asintió con la expresión de quien aprueba sin necesidad de verbalizarlo.

—¿Qué te hizo dejar la ingeniería? —preguntó Blake, después de un momento.

Justin la miró. Era una pregunta directa, sin preámbulo, del tipo que Blake hacía cuando quería saber algo de verdad y no tenía interés en llegar a ello por caminos largos.

—No era mi sitio —dijo—. No de manera dramática. Simplemente me di cuenta de que estaba haciendo lo que parecía lógico hacer y no lo que quería hacer. Y que no sabía cuál era la diferencia hasta que la sentí.

—¿Y cuándo la sentiste?

—En Tacoma. En mi primer trabajo en altura. —Hizo una pausa—. Hay algo en construir cosas con las manos, en ver que algo que estaba deteriorado vuelve a estar bien porque tú lo interveniste, que es directo de una manera que no sabía que necesitaba.

—La satisfacción del resultado concreto —dijo Blake.

—Sí. ¿Tienes eso en tu trabajo?

—Sí, aunque es más lento. Un libro tarda años. Y cuando sale, la satisfacción es real pero el autor pone su nombre, no el mío.

—¿Y eso te importa?

—A veces —admitió Blake—. Menos de lo que pensaba que me importaría cuando empecé. El trabajo importa aunque no se vea quién lo hizo.

—Sí —dijo Justin—. Exactamente eso.

Cenaron durante dos horas. Pidieron postre: una tarta de queso con compota de arándanos que llegó en un plato negro con azúcar glas por encima. Compartieron sin que nadie lo propusiera expresamente, simplemente el camarero trajo dos cucharas y los dos las usaron.

Cuando terminaron, Justin pagó la cuenta antes de que Blake pudiera hacer el gesto de sacar la tarjeta. Ella lo miró con las cejas levantadas.

—La próxima vez pagas tú —dijo él.

—¿Hay una próxima vez?

—Espero que sí.

Blake lo miró durante un momento. Luego dijo:

—La próxima vez pago yo.

Salieron al frío de noviembre. La acera brillaba mojada aunque ya no estaba lloviendo. Caminaron las cuatro manzanas de vuelta al edificio a un paso que ninguno de los dos apresuró, aunque hacía frío y el frío era un argumento razonable para caminar deprisa.

En el vestíbulo esperaron el ascensor uno al lado del otro. Las puertas se abrieron. Subieron al quinto en silencio, un silencio diferente al de las otras veces, más cargado y más tranquilo al mismo tiempo, si eso era posible, y Justin pensaba que sí era posible porque lo estaba sintiendo.

En el pasillo del quinto, frente a las dos puertas del 5A y el 5B, se detuvieron.

Blake se giró hacia él.

Justin no esperó. Dio un paso hacia ella y le puso una mano en la mejilla, con cuidado, y la miró un segundo para asegurarse de que era lo que los dos querían, y en los ojos oscuros de Blake había una respuesta clara y sin ambigüedad.

La besó despacio. Sus labios eran suaves y respondieron a los suyos con una presión tranquila que fue ganando intensidad gradualmente, como quien abre una puerta que llevaba tiempo cerrada y la abre con cuidado porque sabe que al otro lado hay algo que importa. Justin notó el calor de su mano en su pecho, apoyada sobre el jersey, y el olor a algo floral mezclado con el frío del exterior que todavía tenía en el pelo.

Cuando se separaron, no fue de golpe. Fue con la misma gradualidad con que había empezado.

Blake lo miró. Tenía los ojos ligeramente más brillantes, aunque eso podía ser la luz del pasillo.

—Buenas noches —dijo ella.

—Buenas noches —dijo él.

Blake entró al 5A. La puerta se cerró.

Justin se quedó en el pasillo un momento, la mano todavía algo caliente de haberla tenido en su mejilla, y luego entró al 5B.

Desde el otro lado de la pared, en algún punto del apartamento de Blake, escuchó el sonido suave del maullido de Melville.

Se fue a dormir con una sonrisa que nadie vio pero que él no habría ocultado aunque hubiera podido.

CAPÍTULO 13

Blake

El domingo Blake se despertó antes del despertador por segunda vez en un mes, lo cual empezaba a ser una estadística con significado propio.

Estaba lloviendo. La lluvia de noviembre en Seattle era diferente a la de octubre: más densa, más oscura, la clase que hace que el interior del apartamento parezca más cálido por contraste aunque la temperatura sea la misma. Blake escuchó la lluvia contra las ventanas y se quedó en la cama mirando el techo durante diez minutos, lo que era inusual en ella porque normalmente los primeros cinco minutos de la mañana eran suficientes para que su cabeza estuviera ya pensando en lo siguiente.

Esta vez lo siguiente era lo mismo que lo anterior.

Se levantó, preparó el té, se sentó en el sofá con Melville y el cuaderno de notas, pero no las notas del trabajo sino el otro cuaderno, el que tenía la cubierta de cuero negro y que Blake usaba para escribir cosas que no eran para nadie más. No un diario exactamente. Más como un registro de pensamientos que necesitaban papel para quedar fijos y así poder examinarlos con distancia.

Escribió: Me ha besado en el pasillo. Yo quería que me besara. Eso lo sabía desde hace días, quizá desde hace más.

Escribió: Es vecino. Es complicado. No es complicado. Las dos cosas.

Escribió: La próxima vez pago yo.

Cerró el cuaderno. Bebió el té.

A las diez le mandó un mensaje a Orla: Cené con Justin anoche.

Orla respondió en cuarenta segundos: Llámame ahora mismo.

Blake la llamó.

—¿Y? —fue lo primero que dijo Orla, sin hola ni nada.

—Vessel. Cuatro manzanas del edificio. Dos horas y media.

—¿Y?

—Hablamos de todo. Es fácil hablar con él, Orla. No hay que esforzarse.

—¿Y?

—Y me besó en el pasillo al volver.

Silencio de exactamente dos segundos.

—Blake —dijo Orla, con una voz que era simultáneamente contenta y dramática—. Cuéntamelo todo.

—No hay mucho más. Fue un beso en el pasillo. Buenas noches, cada uno a su casa.

—¿Fue un buen beso?

Blake pensó en la respuesta honesta.

—Sí —dijo—. Fue un buen beso.

—¿De los buenos buenos o de los buenos educados?

—Orla.

—Es una pregunta legítima.

—De los buenos —dijo Blake—. De los que empiezan despacio.

Orla hizo un sonido de satisfacción.

—¿Y ahora qué?

—No lo sé. Le dije que la próxima vez pagaba yo.

—¿Así que hay próxima vez.

—Eso parece.

—Blake —dijo Orla—. Esto es bueno. ¿Puedes reconocer que esto es bueno?

—Puedo reconocer que es algo —dijo Blake, que era su versión de reconocer que era bueno y las dos lo sabían.

Hablaron veinte minutos. Cuando Orla colgó, Blake fue a la cocina a preparar más té y estuvo mirando la pared norte del salón, que tenía el rodapié ya seco y sin marcas visibles de la intervención. La grieta del exterior, sellada. El interior, intacto.

Pensó en lo que Justin había dicho sobre reparar cosas para que pudieran durar.

Pensó en otras cosas también, pero esas no las escribió en el cuaderno de cubierta negra. Todavía no.

***

El lunes llegaron mensajes de Justin mientras Blake estaba en la editorial.

El primero a las once: El hombre del tejado hoy no estaba. Pero las plantas siguen.

Blake respondió entre reunión y reunión: Eso dice algo de él.

Justin: ¿Qué dice?

Blake: Que riega aunque no esté. Las cosas que cuidas siguen creciendo aunque no las veas.

Silencio durante un rato. Luego: Esta noche no puedo, tengo que terminar el informe semanal para Curtis. Pero mañana, si quieres, te cocino algo.

Blake lo leyó sentada en su mesa junto a la ventana, con Orla a dos metros que fingía no mirar pero que definitivamente miraba.

Escribió: ¿Cocinas?

Justin: Lo suficiente.

Blake: ¿Qué es lo suficiente?

Justin: Champiñones con jerez. Salmón a la plancha. Pasta con lo que haya. Sopa cuando hace frío.

Blake: Hace frío.

Justin: Sopa, entonces. A las ocho.

Blake dejó el teléfono boca abajo sobre la mesa. Orla, desde su mesa, sin levantar los ojos de la pantalla, dijo:

—Esa cara es de mensaje de Justin.

—Cállate —dijo Blake, sin acritud.

—Ese cállate es de que tengo razón.

Blake no respondió. Cogió el bolígrafo rojo y volvió al manuscrito de Sorensen, que era el nuevo proyecto y que tenía la prosa cuidada y el ritmo un poco irregular, y decidió que el martes resolvería el martes y el lunes era para el trabajo.

Aunque al trabajo le costó un poco más de lo habitual entrar esa tarde.

CAPÍTULO 14

Justin y Blake

Justin hizo la sopa el martes por la noche. Era una sopa de lentejas rojas con cúrcuma, jengibre fresco y leche de coco que había aprendido a hacer un invierno en Tacoma cuando vivía solo y tenía el presupuesto ajustado y el tiempo suficiente para experimentar. Habría otras cosas más elaboradas que podía cocinar, pero la sopa de lentejas era buena y eso era suficiente argumento.

Preparó también pan de centeno del que había comprado en Marigold esa mañana de camino al trabajo, una ensalada simple con rúcula y parmesano, y abrió una botella de vino tinto que tenía desde la semana anterior.

Blake llamó al timbre a las ocho menos dos.

—Llegas antes de tiempo —dijo Justin, abriendo la puerta.

—Tú llegas diez minutos antes. Yo llego dos minutos antes. No es lo mismo.

—Efectivamente no es lo mismo.

Entró. El apartamento de Justin era diferente al suyo. No en la distribución, que era la imagen especular del 5A, sino en el contenido. Menos libros y los que había estaban en una estantería de madera clara sin orden aparente pero con la presencia de los libros que se han leído y se han dejado en el primer sitio disponible después de leerlos. Una mesa grande de trabajo en el rincón donde Blake tenía el sillón de lana verde, con una tableta y unos planos desplegados. Fotografías en la pared: tres, en blanco y negro, de paisajes que Blake reconoció como del noroeste por los árboles y el agua aunque no supo dónde exactamente. Sin Melville ni rastro de ningún animal.

—¿Tienes mascotas? —preguntó Blake.

—No. Me muevo demasiado.

—¿Aunque te hayas quedado en Seattle?

—Todavía no me he acostumbrado a no moverme —dijo Justin—. Siéntate.

Blake se sentó en el sofá, que era gris oscuro y más firme que el suyo pero cómodo. Miró las fotografías.

—¿Las hizo tu amigo? ¿Bram?

—Sí. Me las regaló cuando me instalé aquí.

—Es bueno —dijo Blake, mirándolas—. Hay algo en esa del lago que...

—¿Qué?

—El lago parece más grande de lo que probablemente es. Porque no ves los bordes.

—Bram dice que fotografiar sin mostrar los límites es su manera de no mentir sobre el tamaño de las cosas.

Blake lo miró.

—Me cae bien Bram —dijo—. Y no lo conozco.

—Te lo presento cuando quieras —dijo Justin desde la cocina—. ¿Vino?

—Sí.

Él sirvió dos copas y las trajo. Se sentó a su lado en el sofá, no en la distancia prudente de la primera vez sino más cerca, a un palmo, con la facilidad de quien ya sabe que la distancia no es necesaria.

La sopa olía a jengibre y a coco y a algo especiado que Blake no identificó exactamente pero que llenó el apartamento de una calidez que tenía más que ver con el olor que con la temperatura real.

—¿Cuánto falta? —preguntó ella.

—Diez minutos.

—¿Puedo hacer algo?

—Ya está hecho.

—¿Siempre cocinas así?

—¿Así cómo?

—Con todo preparado antes de que llegue nadie.

—No me gusta cocinar con gente mirando —admitió Justin—. Prefiero tenerlo listo.

—Yo cocino fatal —dijo Blake—. Pero cuando cocino, lo hago en directo y con consecuencias impredecibles.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende del resultado. A veces es sorprendentemente bueno. A veces es mejor pedir comida.

Justin sonrió. Bebieron el vino.

—¿Cómo va el manuscrito nuevo? —preguntó él.

—Sorensen. Buena prosa, ritmo irregular. Creo que el problema es estructural pero tengo que leer más antes de poder decirlo con seguridad.

—¿Cuánto tardas en saber si un manuscrito tiene problemas?

—Depende del tipo de problema. Los estructurales se ven pronto. Los de voz tardan más. Los de personaje a veces no los ves hasta que llevas la mitad.

—¿Y los de fondo?

—¿Qué quieres decir con de fondo?

—Los que no son de técnica. Cuando el autor no tiene nada que decir.

Blake lo miró.

—Esos se notan en la primera página —dijo—. Siempre. Aunque la prosa sea buena.

—¿Y qué haces?

—Dejar el manuscrito. No puedes editar algo que no existe.

Justin asintió despacio.

—¿Eso te ha pasado muchas veces?

—Suficientes. El trabajo no siempre es rescatar lo que hay. A veces es reconocer que no hay nada que rescatar.

La sopa estaba lista. Comieron en la mesa grande de trabajo, con los planos apartados a un lado y los cuencos en el espacio libre. Era exactamente lo que Blake necesitaba esa noche sin haberlo sabido antes: calor concreto y conversación que no requería esfuerzo.

Después de cenar, fregaron juntos. Justin lavaba y Blake secaba, lo cual era un sistema eficiente y que requería estar de pie uno al lado del otro en la cocina estrecha, hombro con hombro cuando los dos se movían al mismo tiempo.

En un momento dado Blake alargó la mano hacia el estante de arriba para dejar un cuenco y su hombro rozó el de Justin, que no se apartó. Ella tampoco.

Justin se giró y la miró. Blake tenía el cuenco en la mano y los ojos puestos en él con una media sonrisa que era más honesta que cualquier cosa que pudiera haber dicho.

Él le quitó el cuenco de la mano con cuidado y lo dejó en el estante sin dejar de mirarla. Luego le puso la mano en la cintura y tiró de ella suavemente hacia él, y ella le dejó, y cuando sus bocas se encontraron esta vez no había la misma cautela del pasillo porque el pasillo había sido el principio y esto era lo que venía después del principio.

Blake le pasó los brazos por el cuello. Justin la acercó más, con una mano en la cintura y la otra en su espalda, y el beso fue largo y con capas, el tipo de beso que no tiene prisa porque sabe que tiene tiempo.

Cuando se separaron, Blake tenía la frente apoyada en la de él.

—Hola —dijo ella, en voz baja.

—Hola —dijo él.

Se miraron. Fuera, la lluvia había vuelto a empezar contra las ventanas del 5B.

***

Esa noche Blake se quedó.

No fue una decisión tomada en un momento concreto sino algo que se fue construyendo en la hora siguiente, en la que siguieron en el sofá con el vino que quedaba y la conversación que tampoco tenía prisa, y en algún momento Blake dejó caer la cabeza sobre el hombro de Justin de manera completamente natural y Justin no se movió, y desde ahí hasta quedarse ya no hubo ningún salto que dar sino solo el reconocimiento de lo que ambos querían.

El dormitorio de Justin tenía las ventanas que daban al este, igual que el suyo pero en imagen especular. La cama era grande con sábanas blancas y una manta de lana en gris que Blake reconoció como de las que se compran en los mercados de artesanía y que duran para siempre. En la mesilla, el libro de fotografía documental de Bram junto a un vaso de agua.

No hubo torpeza ni prisas. Justin tenía las manos llenas de callos del trabajo y las movió sobre ella con una delicadeza que contrastaba de manera precisa con eso, la clase de contraste que solo notas cuando te está pasando. Blake no pensó en nada exterior a ese cuarto, que era inusual en ella porque su cabeza tendía a seguir funcionando incluso en los momentos en que no debería, pero esa noche no. Esa noche había una sola cosa en la habitación y era lo que estaba pasando entre los dos, y eso fue suficiente.

Después se quedaron en la oscuridad con la lluvia en las ventanas. Justin tenía un brazo debajo de ella y Blake tenía la mano apoyada sobre su pecho y ninguno de los dos habló durante un buen rato. No era el silencio de quien no tiene nada que decir sino el de quien tiene demasiado y sabe que no hace falta decirlo todavía.

—¿Tienes frío? —preguntó Justin, en voz baja.

—No.

—¿Melville te echará de menos.

—Melville tiene comida automática. Es más independiente de lo que aparenta.

Justin soltó algo parecido a una risa suave.

—¿A qué hora tienes que levantarte? —preguntó ella.

—A las seis.

—Yo a las seis y cuarto.

—Quince minutos de diferencia.

—Quince minutos —confirmó Blake.

Silencio. La lluvia seguía.

—Blake.

—¿Sí?

—Me alegro de que te quedaras.

Blake no respondió de inmediato. Le pasó los dedos por el brazo, despacio, de arriba abajo.

—Yo también —dijo al final.

Y se durmieron con la lluvia de noviembre en las ventanas del 5B, que eran exactamente las mismas ventanas que las del 5A pero desde el lado contrario.

CAPÍTULO 15

Blake

El miércoles Orla se dio cuenta en treinta segundos.

Blake llegó a la editorial a las ocho y veinte, que era su hora habitual, con el té de la máquina en la mano y el maletín de cuero marrón. Se sentó. Abrió el portátil. Sintió la mirada de Orla antes de que Orla dijera nada.

—Algo ha pasado —dijo Orla.

—Buenos días.

—Buenos días. Algo ha pasado.

—Tengo el Sorensen en la mesa y una reunión con Prescott a las diez.

—Blake.

—Orla.

—¿Te quedaste anoche en su casa?

Blake no respondió.

—Blake —dijo Orla, con un tono de quien acaba de resolver un crucifigrama especialmente difícil—. ¿Te quedaste anoche en su casa?

—Son las ocho y veinte de la mañana —dijo Blake—. Necesito café.

—La máquina también hace café. Y me estás respondiendo con evasivas, que es tu manera de confirmar sin confirmar.

Blake la miró por encima de la pantalla del portátil.

—Sí —dijo—. ¿Contenta?

Orla no dijo nada durante dos segundos. Luego hizo un gesto con el puño cerrado que era de victoria pura.

—No hagas eso —dijo Blake.

—Lo hago. Me lo has ganado con tres semanas de 'solo nos cruzamos' y 'fue circunstancial'.

—También fue circunstancial en su origen —dijo Blake.

—Sí, claro —dijo Orla—. ¿Cómo fue?

—No voy a describírtelo.

—No te pido que lo describas. Te pregunto cómo fue en el sentido de cómo estás tú.

Blake pensó en eso.

—Bien —dijo—. Estoy bien.

—¿Bien bien o bien complicado?

—Bien sin complicaciones por ahora —dijo Blake—. Las complicaciones ya llegarán.

—¿Por qué tienen que llegar?

—Porque siempre llegan.

—Eso es una profecía autocumplida —dijo Orla—. No todo tiene que complicarse.

—Orla. Trabaja.

—Trabajo mientras hablo. Llevo años entrenada.

Blake no respondió. Abrió el manuscrito de Sorensen. Durante diez minutos leyó de verdad.

Luego su teléfono vibró en el bolsillo.

Justin: El hombre del tejado estaba hoy. Tenía una regadera azul Y un café. Parece que ha mejorado su rutina.

Blake sonrió en la pantalla del Sorensen durante tres segundos exactos.

Respondió: O siempre tuvo el café y tú no lo habías visto.

Justin: Puede ser. Las dos cosas son posibles.

Blake lo sabía. Guardó el teléfono y volvió a Sorensen, que esa mañana le pareció más interesante que la tarde anterior, aunque el manuscrito era el mismo.

***

Las semanas que siguieron encontraron su ritmo de una manera que Blake no había anticipado porque no había anticipado que habría ritmo, que las cosas entre ellos se asentarían con esa naturalidad que normalmente tardaba mucho más en llegar o no llegaba.

Algunas noches se quedaba ella en el 5B. Otras él venía al 5A. Otras cada uno se quedaba en su apartamento y eso también era parte de algo, la capacidad de estar separados sin que pareciera una interrupción.

Los mensajes del andamio se volvieron un hilo constante. Justin le mandaba lo que veía desde arriba y que el suelo no permitía ver: el jardín del tejado, que en noviembre estaba marchito pero tenía una estructura que prometía algo en primavera. Un mural en la pared del edificio de al lado que solo era visible desde cierta altura. La manera en que la niebla matinal entraba por el Puget Sound los martes, que era el día en que llegaba más densa por alguna razón que Justin no había conseguido determinar pero que había empezado a documentar.

Blake respondía con lo que veía desde su mesa junto a la ventana, que era otro tipo de altura. Los títulos que Prescott vetaba por razones que ella consideraba comercialmente miopes. El manuscrito de Sorensen, que resultó tener un problema de voz y no de estructura, lo cual lo hacía más difícil de resolver pero también más interesante. Una frase que Hendricks le había mandado de La latitud del invierno en revisión final y que era tan buena que Blake la había copiado en el cuaderno azul marino.

El sábado siguiente al martes de la sopa, Justin la llevó al lago Washington en coche. No porque hubiera un plan específico para estar en el lago sino porque era un día sin lluvia, lo que en

noviembre en Seattle era un regalo que no se desaprovechaba, y el lago en esos días tenía el color gris verdoso que Blake había aprendido a reconocer como el color exacto de los ojos de Justin, aunque no lo dijo.

Caminaron por el sendero del lago durante una hora, con los abrigos abrochados y las manos enlazadas dentro del bolsillo del abrigo de Blake porque era más abrigado que no hacerlo. Hablaron y no hablaron, en proporciones que variaban según lo que había alrededor: más silencio cuando pasaban por la zona de árboles donde el ruido de la ciudad desaparecía, más conversación cuando salían a los miradores con el lago delante.

Un grupo de gansos pasó en formación sobre el agua, tan bajo que se oía el batir de las alas.

—¿Cómo distinguen quién va primero? —preguntó Blake.

—El que va primero corta el viento para los demás —dijo Justin—. Y rotan. Ninguno va primero todo el tiempo.

—¿Eso es verdad o te lo inventas?

—Es verdad. Lo leí.

—¿Dónde?

—No recuerdo. Hace tiempo.

Blake miró los gansos hasta que desaparecieron en la curva del lago.

—Me gusta eso —dijo.

—¿Qué?

—Que rotan. Que nadie carga con todo todo el tiempo.

Justin la miró de lado.

—¿Tú cargas con todo todo el tiempo?

—Tiendo a ello —admitió Blake.

—¿Y se puede cambiar eso?

—Con esfuerzo consciente —dijo Blake—. Que es exactamente el tipo de cosa que te recuerda que tendrías que hacer de manera inconsciente para que fuera natural.

—Eso es muy Blake Whitmore.

Ella lo miró.

—¿Cómo sabes lo que es muy Blake Whitmore si llevas cinco semanas conociéndome?

—Cuatro —dijo Justin—. Pero son cuatro semanas de ver mucho.

Blake no respondió. Siguieron caminando con la mano de él en su bolsillo y el lago gris a su derecha, y ella pensó que cuatro semanas podían ser suficientes o insuficientes dependiendo de la densidad de lo que ocurriera en ellas, y que en este caso la densidad era alta.

No lo dijo. Pero sí apretó un poco más la mano dentro del bolsillo.

CAPÍTULO 16

Justin y Blake

Noviembre se fue sin que ninguno de los dos lo viera irse del todo, que era una de las señales que Justin conocía bien: cuando el tiempo pasa sin que te pese, algo en tu vida está funcionando.

Las obras entraban en la recta final. La fachada norte estaba terminada, la oeste casi. Declan había dicho dos veces esa semana que a este ritmo terminarían antes de lo previsto, lo que era inusual en las obras y por eso lo repetía con la satisfacción moderada de quien no quiere tentar a la suerte.

Justin trabajaba esos días con un foco diferente al del principio del proyecto. No peor, no menos preciso, sino diferente: había algo en saber que quedaba poco que lo hacía más consciente de cada sección de fachada que pasaba por sus manos. Cada junta sellada, cada grieta rellenada, cada zona de ladrillo devuelta a su color original era ya parte de un conjunto que estaba casi completo.

El jueves de la tercera semana de noviembre, Declan le dijo durante el almuerzo, con el cuenco de lentejas de Greta humeando frente a él:

—Terminas el proyecto. ¿Qué pasa con el apartamento?

—El contrato de alquiler es hasta marzo.

—¿Y después?

Justin pensó en la pregunta mientras mojaba el pan en el caldo.

—El proyecto de Ballard empieza en enero. Está más cerca del centro que Capitol Hill pero no mucho.

—O sea que te quedas en el barrio.

—O sea que me quedo en el barrio.

—Bien —dijo Declan, y volvió a la sopa con la satisfacción de quien ha obtenido la información que quería y no necesita más.

Esa tarde Justin llamó a su hermana Marisol, que contestó desde algún lugar ruidoso que resultó ser el partido de baloncesto del colegio de Lena.

—Espera —dijo Marisol—. Salgo un momento.

Se escuchó el ruido de las gradas y luego el silencio relativo del pasillo.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Nada. Solo llamaba.

—Justin. Tú no llamas sin motivo los jueves.

—¿No puedo llamarte un jueves?

—Puedes. Pero normalmente lo que pasa es que tienes algo que decir y no sabes cómo empezar, así que empiezas diciendo que llamas sin motivo.

Justin se rio.

—Hay una persona —dijo.

—Lo sabía —dijo Marisol inmediatamente—. Llevo semanas sabiéndolo.

—¿Cómo lo sabías?

—Porque llevas semanas respondiendo a los mensajes de las fotos de las niñas con más de dos emojis. Eso no es normal en ti. Significa que estás de buen humor de manera sostenida.

—Eso es una deducción bastante específica.

—Soy tu hermana. ¿Quién es?

—Se llama Blake. Es editora. Vive en mi mismo edificio, enfrente exactamente. Llevamos un mes.

—¿Un mes? Justin, llevas un mes con alguien y me lo dices ahora.

—Estaba... asegurándome.

—¿De qué?

Justin pensó.

—De que era algo y no solo el principio de algo.

Silencio de Marisol.

—¿Y es algo? —preguntó, más suave.

—Sí —dijo Justin—. Es algo.

Marisol no hizo comentarios dramáticos ni preguntas en cascada. Era lo que Justin apreciaba en ella: sabía cuándo el resumen era suficiente.

—Me alegra —dijo—. ¿La traes en Navidad?

—Marisol. Llevamos un mes.

—Un mes que es algo. ¿Cuándo la conozco?

—Cuando puedas venir a Seattle.

—Puedo venir en enero.

—Enero está bien —dijo Justin.

Colgaron cuando el partido volvía a empezar. Justin se quedó en el apartamento vacío con el teléfono en la mano y la oscuridad de noviembre al otro lado de las ventanas.

Desde el otro lado de la pared escuchó el sonido de Melville, distinto e inconfundible, y supo que Blake estaba en casa.

Le mandó un mensaje: ¿Estás en casa?

La respuesta llegó en treinta segundos: Sí. Leyendo el Sorensen. ¿Por qué?

Justin: Porque quiero verte.

Silencio de veinte segundos.

Blake: Entonces ven.

Justin fue.

***

Blake abrió la puerta con Las aves de Vesaas en la mano y el jersey de lana borrosa color arena que Justin ya había visto suficientes veces como para considerarlo su jersey favorito de ella, aunque no se lo había dicho.

—¿Qué pasó? —preguntó, porque conocía la diferencia entre los mensajes de Justin que eran de hábito y los que eran de necesidad.

—Nada malo —dijo él—. Llamé a mi hermana. Me puse un poco pensativo.

—¿En qué?

Entró. Melville lo saludó desde el sofá con un parpadeo lento, que era lo máximo que Melville concedía como bienvenida explícita pero que Blake había traducido como afecto real.

Se sentaron en el sofá. Blake dejó el Vesaas en la mesa. Justin se recostó y ella se acomodó a su lado con la naturalidad de quien ya ha encontrado el sitio que encaja.

—¿En qué pensabas? —repitió Blake.

—En lo que pasa cuando terminen las obras —dijo Justin—. Me quedo en el barrio. El contrato del apartamento sigue hasta marzo. Pero quería... decirte que no me voy. Por si importaba saberlo.

Blake lo miró.

—¿Por si importaba?

—Importa —dijo Justin—. Para mí importa. Quería saber si para ti también.

Blake no respondió inmediatamente. Miró el Vesaas sobre la mesa, que tenía la cubierta azul pálido con el lago entre árboles, y luego lo miró a él.

—Sí —dijo—. Para mí también importa.

Justin asintió. No sonrió de manera amplia ni dijo nada más sobre el tema, que era exactamente la manera en que Blake prefería que

estas conversaciones terminaran: con el peso real de lo dicho sin la necesidad de añadir más encima.

—¿Cómo está el Sorensen? —preguntó él, recogiendo el libro y mirando la cubierta.

—Mejor que la semana pasada. Encontré el problema de voz. Si el autor lo acepta, puede ser muy bueno.

—¿Y si no lo acepta?

—Entonces tendremos un libro decente cuando podría haber sido uno muy bueno.

—¿Eso te ocurre seguido?

—Más de lo que me gustaría —dijo Blake—. Pero cuando un autor acepta una nota difícil y la trabaja de verdad, compensa todo lo demás.

—Como Hendricks.

—Como Hendricks.

Justin devolvió el Vesaas a la mesa. Afuera, el viento movía algo metálico, probablemente algún elemento del andamio que no se había recogido bien esa tarde, y Blake lo oyó y pensó que en dos semanas no habría andamio, que las ventanas quedarían libres y la fachada sería simplemente la fachada de un edificio de ladrillo rojo bien sellado, sin el ruido de las herramientas ni la silueta de Justin en altura que ella había llegado a ver con tanta normalidad que no se imaginaba bien la ventana sin ella.

—¿En qué piensas? —preguntó él.

—En que voy a echar de menos verte desde la ventana.

Justin la miró.

—¿Desde la ventana?

—Del trabajo. A veces desde la ventana de la editorial se ven andamios en los edificios de al lado y ya tengo la costumbre de mirar.

—Tendrás que mirar otros andamios —dijo él.

—No serán los mismos.

—No —dijo Justin—. Pero te mando fotos desde el de Ballard.

Blake sonrió de la manera en que sonreía cuando algo le llegaba de verdad: sin abrirlo del todo, un poco de lado, con los ojos más que con la boca.

—Trato —dijo.

Justin la acercó hacia él. Blake puso la cabeza en su hombro. Melville, con su sentido innato de la oportunidad, saltó del sofá al sillón de lana verde y desde allí los observó durante tres segundos antes de curarse en sí mismo y cerrar los ojos.

Afuera el viento movía el andamio. Dentro el apartamento estaba quieto y cálido con la luz amarilla de la lámpara de pie y el olor que ya era de los dos, mezcla del jazmín de Blake y de algo más seco y limpio que era de él, madera y frío y exterior, que se habían ido mezclando en las semanas que llevaban entrando y saliendo el uno del apartamento del otro hasta que ya no era posible separarlo.

Blake abrió el Vesaas en la página donde lo había dejado.

—¿Te leo en voz alta? —preguntó.

Justin no respondió verbalmente. Solo se acomodó en el sofá con ella y cerró los ojos.

Y Blake leyó en voz alta, con esa voz suya que Justin había descubierto que era diferente cuando leía en voz alta, más lenta y más abierta, como si las palabras de otros necesitaran más espacio del que normalmente le daba a las propias.

La lluvia de noviembre volvió antes de que terminara el capítulo.

Ninguno de los dos la oyó llegar.

CAPÍTULO 17

Blake

La primera semana de diciembre trajo consigo el frío definitivo, el que ya no se iba por las tardes sino que se instalaba con la convicción de quien lleva meses esperando turno. Las ventanas del apartamento tenían condensación por las mañanas y Blake había capitulado finalmente ante la calefacción, que encendía a las seis y cuarto y que Melville recibía como un derecho inalienable que alguien había tenido la tardanza inadmisible de reconocerle.

Las obras estaban terminando. La fachada oeste había quedado lista el miércoles. Quedaba una sección pequeña en la esquina sur que el equipo de GRC esperaba rematar antes del viernes. Justin se lo había dicho el martes por la noche, tumbados en la cama del 5A con la novela de Sorensen sobre la mesilla de Blake y el libro de fotografía de Bram en el suelo del lado de Justin porque se le había caído y ninguno de los dos había tenido interés en recogerlo.

Blake lo había escuchado y había dicho bien, y Justin había dicho sí, y ninguno de los dos había añadido nada más sobre eso porque había otras cosas más urgentes a las que atender esa noche.

Pero el miércoles, cuando Blake llegó a la editorial y se sentó en su mesa y miró por la ventana hacia los edificios de Pike Street, pensó en que el viernes el andamio desaparecería. Y que el lunes siguiente Justin llegaría al edificio de Ballard, que estaba a doce minutos en autobús y que era perfectamente accesible y que no cambiaba nada de lo que había entre ellos, y sin embargo la fachada del edificio de Capitol Hill sin andamio parecía algo que requería ser procesado.

—¿Estás bien? —preguntó Orla.

—Sí.

—Llevas diez minutos mirando por la ventana sin haber abierto el Sorensen.

—Estoy pensando.

—¿En qué?

—En que las obras terminan esta semana —dijo Blake.

Orla la miró con esa expresión suya de procesamiento rápido.

—¿Y eso es un problema?

—No debería serlo.

—Pero.

—No hay pero. Es solo un pensamiento.

—Blake. Las obras terminan, él se queda en el barrio, os seguís viendo. ¿Dónde está el problema?

—No hay problema —dijo Blake—. Es solo un cambio de contexto.

—¿Y los cambios de contexto te ponen nerviosa?

Blake abrió el Sorensen.

—Los cambios de contexto revelan cosas —dijo, sin apartar los ojos del manuscrito—. Cuando el contexto cambia, lo que era sólido sigue siéndolo y lo que no lo era se nota.

Orla guardó silencio durante un momento.

—¿Crees que lo de vosotros no es sólido?

—Creo que es el primer cambio de contexto que tenemos y no sé qué va a revelar —dijo Blake con honestidad—. Eso es todo.

—Eso no es poco —dijo Orla, con más suavidad.

—No —admitió Blake—. No es poco.

Trabajó durante toda la mañana con la concentración que el Sorensen requería, que era considerable porque los problemas de voz eran los más difíciles de articular por escrito: cómo le explicabas a un autor que su narrador sonaba como alguien que no era su personaje sin que pareciera una crítica a quién era el autor. Había que encontrar el lenguaje que separaba la técnica de la identidad.

A las dos recibió un mensaje de Justin: Terminamos la esquina sur. La fachada está lista.

Blake miró el mensaje durante un momento. Escribió: ¿Cómo se ve?

Justin: Como tenía que verse. Como si siempre hubiera estado bien.

Blake sonrió en la pantalla. Escribió: Eso es exactamente lo que tiene que parecer el buen trabajo.

Justin: Sí. Esta noche te cuento. ¿5A o 5B?

Blake: 5A. Tengo vino y queso de Manchego.

Justin: Perfecto.

Guardó el teléfono. Volvió al Sorensen. El problema de voz seguía ahí, esperando, con esa paciencia propia de los problemas literarios que saben que no tienen ninguna prisa porque los va a tener que resolver quien los ha encontrado.

Pero esa tarde el problema de voz le resultó menos urgente de lo habitual.

***

Justin llegó al 5A a las ocho menos cuarto con olor a trabajo en la ropa y una botella de Cabernet que había comprado de camino, aunque Blake le había dicho que ya tenía vino. Entró, fue directamente al baño a lavarse las manos con esa costumbre suya de llegar del trabajo y lavarse antes de tocar nada, que Blake encontraba ordenada y considerada en igual medida.

Cuando salió, Blake estaba en la cocina cortando el Manchego en lonchas finas sobre la tabla de madera.

—¿Cómo fue el último día? —preguntó ella sin girarse.

—Bien. La esquina quedó perfecta. Curtis vino a ver el resultado final y firmamos el cierre del proyecto.

—¿Y Declan?

—Se va a Olympia este fin de semana a ver a su familia. El lunes empieza otro proyecto en Tacoma.

—¿No sigue en Ballard?

—No. GRC tiene varios proyectos en paralelo. A Declan le tocó Tacoma.

Blake se giró con la tabla en la mano.

—¿Lo vas a echar de menos?

—Sí —dijo Justin, con simplicidad—. Llevamos cuatro años trabajando juntos casi todos los días. Pero así es el oficio.

—¿Y en Ballard, con quién trabajas?

—Con un equipo nuevo. Un chico de veintidós años que acaba de entrar en la empresa y otro que lleva tres años pero que es de los que trabajan bien en silencio.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Depende del día —dijo Justin—. Hoy lo agradecería.

Blake puso la tabla sobre la mesa. Justin abrió el vino que había traído él con el sacacorchos que ya sabía dónde estaba en el cajón de la cocina del 5A, ese tipo de detalle pequeño que se aprende sin proponérselo y que cuando lo sabes indica algo sobre el tiempo y la confianza acumulada.

Se sentaron. El apartamento tenía la calefacción encendida y la luz de la lámpara de pie y el silencio de un miércoles de diciembre en Capitol Hill, que era un silencio lleno de ciudad pero filtrado.

—¿Cómo está el Sorensen? —preguntó Justin.

—Encontré cómo articular el problema de voz. Mañana mando el correo.

—¿Y cómo lo vas a decir?

—Le voy a preguntar si conoce a alguien que piense exactamente como su narrador —dijo Blake—. Y si la respuesta es sí, tenemos un problema. Si la respuesta es no, tenemos una oportunidad.

—¿Eso funciona?

—Con los autores que escuchan, sí. Con los que no escuchan, no. Pero los que no escuchan no suelen llegar hasta aquí de todas maneras.

Justin comió un trozo de Manchego. Bebió el vino.

—¿Nervios por mañana? —preguntó Blake.

—¿Por el correo de Sorensen?

—Por el primer día en Ballard.

Justin la miró.

—Un poco —admitió—. El primer día en un proyecto nuevo siempre tiene algo. Tienes que entender el edificio, el equipo, las particularidades del trabajo. Los primeros días son de escuchar más que de hacer.

—Eso también lo hago yo —dijo Blake.

—¿El primer día con un manuscrito nuevo?

—El primer día con un autor nuevo. Leer sin corregir todavía. Solo escuchar lo que el texto tiene que decir antes de empezar a hablar yo.

—¿Y cuánto tardas en empezar a hablar?

—Depende de lo que haya que decir.

Justin asintió. Melville apareció desde el dormitorio, evaluó la situación, y se instaló sobre el regazo de Blake con la autoridad del que no pide permiso porque no lo necesita.

—El hombre del tejado —dijo Justin de repente.

—¿Qué?

—Mañana desde Ballard no lo voy a ver. El andamio del edificio de enfrente da al sur. Ángulo diferente.

Blake lo miró.

—¿Lo vas a echar de menos?

—Un poco —dijo Justin—. Era un buen sistema de medir que el día empezaba bien.

—¿Cuándo estaba él?

—El día empezaba bien.

—¿Y cuando no estaba?

—El día empezaba de otra manera. Pero las plantas seguían.

Blake lo miró con esa expresión suya de estar pensando algo que todavía no ha decidido si decir. Luego lo dijo:

—Yo seré tu hombre del tejado en Ballard.

Justin la miró.

—¿Cómo?

—Te mando algo cada mañana. Algo que yo vea desde mi ventana o desde el autobús o desde donde sea. Y tú sabes que el día empezó.

Justin no respondió de inmediato. La miró durante un momento con esa atención tranquila que tenía cuando algo le importaba de verdad.

—De acuerdo —dijo.

—Trato —dijo Blake.

Bebieron el vino. Melville ronroneó sobre el regazo de Blake con sus propias razones, que nadie conocía del todo pero que esa noche coincidían con las de los dos.

CAPÍTULO 18

Justin

El proyecto de Ballard era un edificio de 1947 de fachada de arenisca gris que había sido un almacén portuario y que alguien había convertido en apartamentos en los años ochenta con más entusiasmo que precisión técnica. La fachada original tenía valor histórico y la empresa que ahora lo gestionaba quería rehabilitarla sin perder el carácter del material, lo que en términos prácticos significaba un trabajo minucioso de limpieza, consolidación y sellado que no podía hacerse con los métodos estándar del ladrillo moderno.

Justin llegó el primer lunes con los planos que Curtis le había mandado el viernes y pasó la mañana entera estudiando la fachada desde el suelo antes de subir al andamio. Era su manera con los edificios nuevos: primero mirarlos desde lejos para ver el conjunto, luego acercarse para ver los detalles, luego subir para entender lo que no se veía desde ninguno de los dos puntos anteriores.

El equipo nuevo era diferente a trabajar con Declan, que era lo esperable. El chico de veintidós años se llamaba Reef Navarro, era alto y delgado con una energía que todavía no había aprendido a regular del todo pero que cuando se canalizaba bien producía un trabajo rápido y limpio. El otro se llamaba Soren Ashby, que llevaba tres años en la empresa y trabajaba efectivamente en silencio, con una concentración que Justin reconoció como la de quien había encontrado en el oficio algo más que un empleo.

A las once, Blake le mandó el primer mensaje del día: Vista desde el autobús línea 10: un niño llevando un paraguas naranja que claramente era de su padre porque le llegaba al hombro. Llovía. Le daba igual.

Justin leyó el mensaje desde el andamio y sintió algo en el pecho que era difícil de nombrar con precisión pero que empujaba hacia arriba.

Respondió: Buen comienzo de día.

Blake: Exacto. Ahora trabaja.

Trabajó.

***

La segunda semana de diciembre Bram los invitó a los dos a la inauguración de su exposición en una galería de Fremont. Era una muestra de fotografía documental de Seattle tomada a lo largo de cuatro años, cuarenta y dos imágenes en blanco y negro de distintos barrios, momentos y personas de la ciudad que Bram había ido seleccionando con la lentitud de quien no tiene prisa porque sabe lo que quiere pero no quiere apresurarlo.

Blake llegó directamente desde la editorial. Justin llegó desde Ballard con tiempo justo para cambiarse en el 5B. Se encontraron en la puerta de la galería a las siete y cuarto.

—¿Cómo fue hoy? —preguntó Justin.

—Mandé el correo a Sorensen. Respondió en dos horas.

—¿Bien?

—Mejor de lo esperado. Dijo que sí conocía a alguien que pensaba como su narrador: él mismo a los veintitrés años. Y que ya no era esa persona.

—Eso es exactamente la respuesta correcta.

—Lo sé. Fue un buen día.

Entraron. La galería era un espacio largo con paredes blancas y suelo de madera oscura, las fotografías colgadas con espaciado generoso para que cada una respirara sola. Había quizá cincuenta personas, el ruido contenido de una inauguración que todavía no había llegado a su punto más ruidoso.

Bram los encontró a los dos minutos, con una copa de vino en cada mano y la cara de quien lleva horas nervioso pero ha decidido no demostrarlo.

—Blake —dijo, y le dio las dos copas a Justin para poder darle la mano a ella con ambas—. Bram Kowalski. He oído cosas buenas.

—Yo también —dijo Blake—. La del lago, la que está al fondo a la derecha. Es tuya.

Bram la miró con algo que era entre sorpresa y aprobación.

—¿La reconociste?

—La tengo en mente desde que Justin me describió cómo fotografías sin mostrar los bordes.

—¿Te lo dijo eso?

—Me lo dijo.

Bram miró a Justin con una expresión que Justin conocía bien: la de quien confirma una hipótesis que ya tenía pero necesitaba ver en acción.

—Me cae bien —le dijo a Justin, señalando a Blake.

—Ya me lo imaginaba —dijo Justin.

Los dejó para atender a otros invitados. Justin y Blake recorrieron la exposición a su ritmo, que era lento, el tipo de ritmo que exigen las fotografías que tienen cosas dentro.

La del lago era exactamente como Blake la había imaginado: el agua sin bordes visibles, más grande de lo que ningún lago real podía ser, con la luz que Bram había sabido encontrar en ese punto exacto entre la tarde y la noche donde el cielo y el agua tenían casi el mismo tono gris y la separación entre ellos era una línea casi imperceptible.

—Es muy buena —dijo Blake, de pie frente a ella.

—Sí —dijo Justin.

—¿Sabes dónde la hizo?

—Lake Union. Desde el muelle que hay en la parte norte.

—La tengo muy vista desde el andamio —dijo Bram, que había aparecido detrás de ellos sin que ninguno lo hubiera oído llegar—. Pero ese día la luz era diferente. Hay días en que la luz de Seattle hace cosas que no repite.

—Eso es verdad —dijo Blake—. Sobre todo en los días de paso entre otoño e invierno.

—Exactamente esos —dijo Bram—. ¿Trabajas con imágenes?

—Con palabras. Editora.

—Entonces entiendes lo del día exacto.

—Entiendo lo del momento exacto —dijo Blake—. Con un manuscrito también hay momentos en que lo que tienes que decirle al autor solo funciona ese día y de esa manera. Si lo dices antes, no está listo. Si lo dices después, ya es tarde.

Bram la miró durante un segundo.

—Voy a pensar mucho en eso —dijo.

—Yo también pienso en eso continuamente —dijo Blake—, y sigo sin saber cómo reconocer el momento exacto antes de que pase.

Los tres miraron la fotografía del lago durante un momento. Luego Bram los dejó otra vez, porque había más gente que atender y la noche era todavía joven.

Justin puso la mano en la espalda baja de Blake, un gesto que se había convertido en algo habitual entre ellos en las semanas que llevaban juntos: un punto de contacto que no decía nada específico pero que estaba ahí.

Blake no se movió ni lo miró. Solo siguió mirando la fotografía del lago sin bordes.

Pero apoyó levemente la espalda hacia su mano.

CAPÍTULO 19

Blake

El problema llegó un jueves de la tercera semana de diciembre, desde una dirección que Blake no había anticipado, que era la de su propio trabajo.

Prescott la llamó a su despacho a las tres de la tarde. Era un despacho grande con vistas al Sound que olía a los habanos que Prescott ya no fumaba desde hacía cinco años pero cuyo recuerdo había impregnado el cuero de los sillones de manera permanente. Prescott estaba de pie frente a la ventana con las manos en los bolsillos, que era su postura de las conversaciones importantes.

—Siéntate, Blake.

Blake se sentó.

—¿Conoces a Elara Voss? —preguntó Prescott.

—La directora editorial de Meridian House en Nueva York. Sí. La he visto en conferencias. ¿Por qué?

—Porque Elara Voss me llamó ayer para preguntarme si te dejaría hablar con ella sobre una posición que tienen vacante en Meridian.

Blake no respondió inmediatamente.

—¿Qué posición? —preguntó.

—Directora de ficción literaria. El cargo más alto en ese departamento. Es Nueva York, Blake. Es Meridian House.

Meridian House era una de las cinco editoriales más importantes del país. Su departamento de ficción literaria había publicado en los últimos diez años tres premios Pulitzer y un National Book Award. Era el tipo de editorial del que los editores hablaban como los arquitectos hablan de las obras que les gustaría firmar: con respeto que roza lo reverencial.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Blake.

—Que tenías que saberlo tú antes que yo —dijo Prescott—. Que era tu decisión. Que eres la mejor editora de ficción con la que he trabajado en veinte años y que si Elara Voss te quiere es porque sabe lo que hace. —Hizo una pausa—. Y que si te vas me va a costar una barbaridad encontrar a alguien que lo haga mitad de bien.

Eso era, viniendo de Prescott, una declaración de afecto extraordinaria.

—¿Cuándo quiere hablar con ella? —preguntó Blake.

—Cuando tú quieras. Antes de Año Nuevo si es posible. La posición empieza en febrero.

—¿Febrero? —dijo Blake, y en su voz había algo que ella misma reconoció como alarma, aunque no supo si era por el trabajo o por otra cosa.

—Febrero —confirmó Prescott.

Blake salió del despacho y fue directamente al baño, que era el único sitio de la editorial donde podía estar cinco minutos sola sin que nadie necesitara algo de ella. Se quedó frente al espejo con el agua fría en las manos y pensó.

Nueva York. Meridian House. Directora de ficción literaria.

Tres años antes, sin dudar. Dos años antes, sin dudar. Un año antes, habría pesado los pros y contras durante una semana y probablemente habría llamado a Elara Voss.

Ahora tenía el 5A y a Melville y a Orla a dos metros en la editorial y el té de jazmín por las mañanas y el andamio que ya no estaba en la fachada pero que había dejado algo que sí seguía. Tenía el 5B enfrente y un hombre que le mandaba fotos desde los tejados de Ballard y que sabía dónde estaba el sacacorchos.

Secó las manos. Volvió a su mesa.

—¿Qué pasó con Prescott? —preguntó Orla, sin levantar los ojos.

—Orla.

—¿Qué pasó?

Blake miró la pantalla del portátil. Luego miró a Orla.

—Meridian House quiere hablar conmigo para una posición de directora de ficción. En Nueva York. Con inicio en febrero.

Orla dejó el bolígrafo que tenía en la mano.

—Dios mío —dijo, en voz baja.

—Sí.

—¿Y?

—No lo sé —dijo Blake—. Todavía no lo sé.

—¿Se lo has dicho a Justin?

—Me enteré hace veinte minutos.

—Tienes que decírselo.

—Lo sé.

—Blake. Es Meridian House.

—Lo sé.

—¿Cuánto tiempo llevas soñando con algo así?

Blake no respondió. Orla lo sabía tan bien como ella.

—Tienes que llamar a Elara Voss —dijo Orla—. Primero la llamada. Luego ya decides.

—Y mientras tanto.

—Mientras tanto, hablas con Justin.

—Si hablo con Justin antes de saber si quiero el trabajo, le estoy pidiendo que opine sobre algo que puede no existir.

—Si no hablas con Justin antes de tomar la decisión —dijo Orla—, le estás quitando la posibilidad de que importe.

Silencio.

—Eso es muy justo —dijo Blake.

—Lo sé —dijo Orla—. Lo siento.

***

Esa noche Blake no fue al 5B ni llamó a Justin. Le mandó un mensaje a las nueve que decía: Hoy fue un día complicado. ¿Mañana?

Justin respondió a los diez minutos: ¿Estás bien?

Blake: Sí. Solo necesito pensar.

Justin: De acuerdo. Mañana.

Y nada más. Sin preguntas adicionales, sin insistir. Eso era una de las cosas que Blake había aprendido de Justin en dos meses: que sabía cuándo el espacio era lo que se necesitaba y no lo llenaba con palabras para sentirse útil.

Se preparó una infusión de manzanilla, que era lo que tomaba cuando el té de jazmín le parecía demasiado estimulante para la hora que era, y se sentó en el sofá con Melville y el cuaderno de cubierta negra.

Escribió durante cuarenta minutos. No conclusiones sino preguntas, que era lo que el cuaderno recibía en los momentos en que las conclusiones todavía no existían.

¿Qué quiero?

¿Qué quería hace tres años?

¿Son la misma persona la que quería eso y la que estoy siendo ahora?

¿Puede una vida caber en otro lugar con las mismas cosas esenciales?

¿Qué es una cosa esencial?

Cerró el cuaderno. Melville estaba tumbado sobre sus pies y pesaba más de lo que su tamaño sugería, que era un fenómeno que Blake

nunca había conseguido explicarse pero que encontraba reconfortante.

Pensó en Justin diciéndole me quedo en el barrio con esa calma suya de quien anuncia algo que ha decidido y no necesita más.

Pensó en Meridian House.

Pensó en que Orla tenía razón: primero la llamada. Luego ya.

CAPÍTULO 20

Justin

Justin supo que algo pasaba antes de que Blake se lo dijera. Había aprendido a leer los silencios de Blake de la misma manera en que había aprendido a leer los de una fachada: no en lo que se veía sino en la textura de lo que estaba debajo.

El viernes por la noche Blake llamó al timbre del 5B a las ocho. Llevaba el jersey de lana borrosa color arena y el pelo recogido en el moño bajo con el bolígrafo verde pinchado, que Justin había aprendido que era señal de que había pasado el día leyendo en casa. Tenía una expresión que no era triste pero tampoco era ligera, algo en el medio que Justin asociaba con las conversaciones que cuestan.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

—Siempre —dijo él.

Entró. Se sentó en el sofá, no apoyada en él sino hacia el borde, con las manos juntas sobre las rodillas. Justin fue a la cocina a por dos vasos de agua y los trajo. Se sentó a su lado.

—Cuéntame —dijo.

Blake lo miró. Y le contó. Sin preámbulos largos ni construcciones cuidadosas: Meridian House, Nueva York, directora de ficción literaria, inicio en febrero, la llamada con Elara Voss que había tenido esa mañana y que había durado una hora y media y que había sido exactamente tan buena como temía que fuera.

Justin escuchó sin interrumpir. Cuando ella terminó, se quedó un momento en silencio, del tipo que era de verdad y no de procesamiento fingido.

—¿Y cómo fue la llamada? —preguntó.

—Bien —dijo Blake—. Muy bien. Elara Voss es exactamente el tipo de directora bajo la que querría trabajar. El departamento tiene recursos, autonomía, proyectos que llevan años en mi lista de ojalá pudiéramos publicar.

—¿Y quieres ir?

Pausa.

—No lo sé —dijo Blake—. Y eso es lo que no entiendo de mí misma ahora mismo, porque hace dos años la respuesta habría sido sí sin pensar.

—Hace dos años no vivías en el 5A —dijo Justin.

—No. Hace dos años no vivía en el 5A.

Justin puso el vaso sobre la mesa. Se recostó en el sofá y miró al techo un momento.

—¿Cuándo tienes que decidir? —preguntó.

—Elara me da hasta el dos de enero.

—Eso es dos semanas.

—Sí.

—¿Qué necesitas de mí en esas dos semanas? —preguntó Justin, y en la pregunta no había presión ni tampoco renuncia. Era una pregunta honesta sobre qué necesitaba ella.

Blake lo miró.

—No quiero que tu respuesta influya en la mía —dijo—. No en el sentido de que no me importe. En el sentido de que si acepto tiene que ser porque quiero el trabajo, y si no acepto tiene que ser porque quiero quedarme. No al revés.

—¿Puedo decirte lo que pienso igualmente?

—Sí —dijo Blake.

Justin giró la cabeza hacia ella.

—Creo que deberías ir si lo quieres —dijo—. Creo que Meridian House es exactamente el tipo de lugar para el que llevas años preparándote y que no aparece dos veces. Creo que sería una pérdida, para el trabajo y para ti, que no lo hicieras por una razón que no fuera que no lo quieres.

Silencio.

—¿Y tú? —preguntó Blake.

—¿Yo qué?

—¿Qué haces tú si me voy a Nueva York?

Justin la miró con esa calma suya que Blake había aprendido que no era indiferencia sino exactamente lo contrario: la calma de quien siente mucho y lo sostiene sin que se le caiga.

—Seguir estando —dijo—. En la distancia que haga falta.

—Eso no es simple.

—No —admitió—. Pero lo que hay entre nosotros tampoco es simple. Y tampoco lo querría si lo fuera.

Blake lo miró durante un momento largo. Luego se acercó a él y apoyó la cabeza en su hombro, que era la versión de Blake de decir cosas que todavía no tenían palabras.

Justin le puso el brazo alrededor.

—Piénsalo bien —dijo, en voz baja—. Sin prisas. Las dos semanas son tuyas.

—¿Y si tomo la decisión equivocada?

—No existe la decisión equivocada si la tomas con honestidad —dijo Justin—. Existe la que tomas por miedo y la que tomas porque es verdad. Esa diferencia sí importa.

Blake no respondió. Escuchó la ciudad al otro lado de las ventanas del 5B, que era la misma ciudad que al otro lado de las del 5A pero desde el ángulo contrario.

Esa noche se quedó en el 5B.

No hablaron más de Meridian House. Hablaron de otras cosas, de los gansos del lago que rotaban para que ninguno cargara con todo, de las plantas del tejado que seguían aunque el hombre no estuviera, y en algún momento dejaron de hablar y Justin apagó la lámpara y la oscuridad del dormitorio del 5B era la misma que la del 5A pero con el lago Washington en lugar del este de Capitol Hill al otro lado del cristal.

Blake cerró los ojos con la mano de Justin sobre su pelo, que era donde la ponía cuando se quedaban dormidos, con esa costumbre que los dos habían desarrollado sin acordarlo y que ya era tan suya que no recordaban el momento en que había empezado.

CAPÍTULO 21

Blake

Las dos semanas que siguieron fueron las más honestas que Blake recordaba haber tenido consigo misma en mucho tiempo.

Leyó el Sorensen, que había entregado las primeras revisiones y que eran prometedoras. Leyó Las aves de Vesaas hasta el final y lo dejó cerrado sobre la mesilla un momento antes de abrirlo otra vez en la primera página, que era su manera de reconocer que un libro merecía volver. Fue al mercado de Pike Place el sábado con Justin y compraron para la semana y comieron en el sitio del chowder y el camarero ya los conocía y trajo las dos cucharas sin que nadie se las pidiera.

Pensó en Nueva York.

Pensó en el departamento de ficción de Meridian House, en los autores que publicaban allí, en los proyectos que Elara Voss le había descrito con esa energía específica de quien lleva años construyendo algo y sabe lo que tiene entre manos. Pensó en lo que significaba llegar a directora con treinta y dos años, que era joven para ese cargo y que Elara Voss lo sabía y lo había elegido igualmente.

Pensó en el 5A. En la librería de la pared este con sus secciones propias. En la luz gris del este por las mañanas que era honesta. En Orla a dos metros y en el té de jazmín de la máquina que era aceptable pero no tan bueno como el de casa.

Pensó en Justin.

No en Justin como razón para quedarse sino en Justin como parte de lo que era su vida ahora, que era diferente. Pensó en los mensajes del andamio y en el hombre del tejado con la regadera azul y el café. Pensó en la manta de lana gris del 5B y en la manera en que él le ponía la mano en el pelo cuando se quedaban dormidos.

Pensó en que había aprendido a no llenar todos los silencios y que eso lo había aprendido en parte de él.

El veintisiete de diciembre, cinco días antes del plazo de Elara Voss, llamó a su madre.

Su madre se llamaba Vera Whitmore, vivía en Cambridge, Massachusetts, y era profesora de literatura comparada en el MIT desde hacía veintiocho años. Tenía setenta y un años y la voz de quien ha pasado décadas hablando en público y ha encontrado en ello una cadencia natural que no abandona ni en las conversaciones privadas.

—Blake —dijo, al descolgar.

—Mamá. ¿Tienes un momento?

—Para ti siempre. ¿Qué pasa?

Blake le contó. Todo. Meridian House, Elara Voss, la posición, Nueva York, febrero. Y también le contó lo otro, que no le había contado todavía: Justin. El 5B enfrente. El andamio. Los meses.

Vera Whitmore escuchó sin interrumpir, que era algo que había aprendido a hacer en treinta y dos años de tener una hija que necesitaba espacio para ordenar lo que pensaba mientras lo decía.

Cuando Blake terminó, su madre dijo:

—¿Cuál de las dos cosas te da más miedo?

—Las dos.

—¿Cuál más?

Blake pensó.

—Perder lo que hay aquí —dijo—. No Meridian House. Lo que hay aquí.

—¿Y por qué tendrías que perderlo?

—Porque está aquí y yo estaría allá.

—Las cosas que son sólidas no se pierden por la distancia —dijo Vera—. Las cosas que no son sólidas no se salvan por la proximidad. Tú sabes cuál es cuál.

Blake se quedó en silencio.

—¿Le preguntaste a él? —preguntó su madre.

—Sí. Me dijo que fuera si lo quería. Que él seguiría estando.

—¿Y le crees?

—Sí —dijo Blake—. Sí le creo.

—Entonces el miedo no es él —dijo Vera—. El miedo eres tú.

—¿Yo?

—Tienes miedo de querer algo y de que ese algo cambie lo que ya tienes. Y no puedes saberlo de antemano, Blake. Nadie puede. Tienes que elegir lo que quieres y luego protegerlo.

Blake miró la librería de la pared este. Las secciones suyas. Los libros que había leído dos veces. Las aves de Vesaas en la mesilla con la esquina doblada en la primera página.

—¿Qué hago, mamá? —preguntó, que era algo que no había preguntado a su madre desde los diecinueve años.

—Lo que ya sabes hacer —dijo Vera—. Leer lo que hay de verdad y separarlo de lo que solo parece.

Colgaron veinte minutos después. Blake se quedó en el sofá con Melville y el teléfono en la mano y pensó en lo que su madre había dicho, que era exactamente lo que hacía en el trabajo: leer lo que había de verdad y separarlo de lo que solo parecía.

Y supo cuál era la respuesta.

Las dos respuestas.

***

El veintinueve de diciembre Blake llamó a Elara Voss.

La conversación duró cuarenta minutos. Al final de ella, Elara Voss dijo:

—Me alegra, Blake. Nos vemos en febrero.

Blake colgó. Se quedó en el sofá mirando el techo durante exactamente tres minutos. Luego se levantó, cruzó el pasillo del quinto, y llamó al timbre del 5B.

Justin abrió. Llevaba el jersey azul marino de cuello redondo y tenía cara de quien estaba leyendo y ha tenido que salir de ello.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Acepté —dijo Blake.

Un segundo.

—¿Y? —dijo él.

—Y nada más todavía. Acabo de colgar y lo primero que quería era decírtelo a ti.

Justin la miró. Luego abrió más la puerta para dejarla pasar.

—Entra —dijo—. Cuéntame todo.

Blake entró al 5B. Y le contó todo: la llamada con Elara Voss, los proyectos del departamento, el calendario de febrero, lo que significaba y lo que no significaba. Y también le dijo lo que había pensado en las dos semanas, no todo pero sí lo suficiente para que Justin entendiera que la decisión no había sido fácil ni rápida ni ajena a él.

Justin escuchó. Cuando ella terminó, dijo:

—¿Estás contenta?

—Sí —dijo Blake—. Estoy asustada y estoy contenta. Las dos cosas al mismo tiempo.

—Eso suena bien —dijo Justin.

—¿Sí?

—Cuando una decisión solo tiene una cosa, me fío menos.

Blake lo miró.

—¿Y nosotros? —preguntó—. ¿Qué hacemos con nosotros?

—Lo que ya dijimos —dijo Justin—. Seguir estando en la distancia que haga falta.

—Eso no es simple —repitió Blake, como la primera vez que lo había dicho.

—No —dijo Justin—. Pero yo no estoy buscando simple. Estoy buscando real.

Blake no dijo nada. Se acercó a él y le puso las manos en la cara, con cuidado, mirándolo de cerca, y él le sostuvo la mirada sin apartar los ojos.

—Yo también —dijo ella.

Y lo besó.

Esta vez con las dos manos en su cara y la certeza de que las decisiones difíciles, cuando son las correctas, tienen dentro algo que ninguna de las fáciles tiene.

CAPÍTULO 22

Justin

Enero llegó con la nieve que Seattle recibía una o dos veces por invierno con la mezcla de deleite y caos que produce la nieve en las ciudades que no están preparadas para ella. Dos centímetros que paralizaron parte del transporte público, llenaron el parque Cal Anderson de niños y adultos igualmente sorprendidos, y cubrieron la fachada del edificio de ladrillo rojo de Capitol Hill con una capa blanca que Justin miró desde la ventana del 5B a las siete de la mañana pensando que la arenisca de Ballard bajo la nieve debía de tener una textura diferente, más suave, y que tendría que comprobarlo cuando llegara.

Blake estaba detrás de él, de pie en la cocina con el té de jazmín en la mano y el jersey de lana arena. Llevaba el pelo suelto todavía, sin recoger, que era como lo tenía por las mañanas antes de que el día empezara a requerir cosas.

—¿Llegarás bien a Ballard? —preguntó.

—El bus 44 funcionaba esta mañana. Sí.

—¿Y Reef y Soren?

—Reef vive en Fremont, que está cerca. Soren tiene coche con cadenas.

—Bien.

Justin se giró desde la ventana. Blake tenía el té en la mano y lo miraba con esa expresión suya que no siempre tenía nombre pero que él había aprendido a leer: era la expresión de cuando estaba guardando algo en la memoria.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada. La nieve te queda bien.

—La nieve está en la ventana.

—Ya —dijo Blake—. Pero estás tú delante.

Justin la miró durante un momento y luego cruzó la cocina y le quitó el té de la mano con cuidado y lo dejó en la encimera y la besó de la manera que se besan las personas que tienen prisa pero que han decidido no tenerla durante un momento. Blake le puso una mano en el pecho y otra en la nuca y los dos se quedaron ahí parados en la cocina del 5B con la nieve al otro lado de la ventana hasta que el teléfono de Justin sonó con la alarma de las siete y cuarto.

Se separaron.

—Llega —dijo Blake.

—Ya voy. —Fue hacia el dormitorio a por la mochila. Desde dentro llamó:— ¿Tienes plan para esta noche?

—Cena con Orla. Pero antes de las nueve estoy aquí.

—¿5A o 5B?

—5B. Trae pan de Marigold si puedes pasar.

—Paso.

Se fue. La nieve seguía cayendo despacio desde un cielo blanco y bajo que en Seattle en enero era exactamente el tipo de cielo que la ciudad merecía, pesado y generoso y sin pretensiones.

***

Marisol llegó a Seattle el viernes dieciséis de enero, como había prometido en diciembre. Llegó en el tren de Amtrak desde Olympia con las niñas, Lena y Petra, que tenían nueve y siete años respectivamente y la misma cara de evaluación seria de toda la familia Mercer, solo que en versión pequeña y con mochilas de colores.

Justin las recogió en King Street Station. Lena llevaba un libro. Petra llevaba una mochila con una cremallera rota que había reparado con un imperdible de tamaño desproporcionado. Marisol llevaba una maleta y la expresión de quien ha sobrevivido al Amtrak con dos

hijas menores de diez años y merece una medalla o al menos una buena cena.

—¿Cómo fue el viaje? —preguntó Justin.

—Petra se durmió encima de Lena durante cuarenta minutos y Lena no se quejó porque estaba leyendo y no quería molestarla —dijo Marisol—. Así que bien.

—Yo no me iba a quejar de todas formas —dijo Lena, sin levantar los ojos del libro.

—¿Qué lees? —preguntó Justin.

—El Señor de los Anillos —dijo Lena—. Estoy en la parte del camino de Khazad-dûm. Es muy larga.

—Merece la pena —dijo Justin.

—Ya lo sé —dijo Lena, con esa seguridad de nueve años que no admite cuestionamientos.

Fueron al apartamento en taxi porque con las maletas y las niñas el autobús era complicado. Marisol miró el edificio de ladrillo rojo cuando llegaron y luego la fachada norte y la oeste, que estaban perfectas.

—¿Este es el edificio? —preguntó.

—Este es.

—La fachada quedó bien.

—Sí.

—¿Y el apartamento de enfrente?

Justin miró la puerta del 5A.

—Es de Blake —dijo.

—¿La vemos hoy?

—Esta noche, si quieres. La invité a cenar.

Marisol asintió con esa expresión de quien ya tiene suficiente información para sacar conclusiones pero prefiere ver por sí misma

antes de sacarlas.

Blake llegó al 5B a las ocho y cuarto con una botella de vino tinto y una caja de galletas de jengibre que había comprado en la panadería de Marigold. Llevaba el abrigo burdeos de siempre y el pelo recogido con el bolígrafo verde. Se detuvo en la puerta y miró a las dos niñas, que la miraban con seriedad desde el sofá.

—Hola —dijo Blake.

—Hola —dijo Petra—. ¿Eres la novia de nuestro tío Justin?

—Petra —dijo Marisol.

—Es una pregunta legítima —dijo Petra.

Blake miró a Justin un segundo. Luego volvió a mirar a Petra.

—Sí —dijo.

—Bien —dijo Petra, y volvió al dibujo que estaba haciendo en el cuaderno que había sacado de la mochila del imperdible.

Lena levantó los ojos del Tolkien.

—¿Eres editora de libros? —preguntó.

—Sí.

—¿Has editado El Señor de los Anillos?

—Tolkien murió en 1973 —dijo Blake, con total seriedad—. Así que no. Pero conozco a gente que trabaja con su legado editorial.

—¿De verdad?

—De verdad.

Lena cerró el libro sobre el dedo para no perder la página y la miró con una atención renovada que Justin reconoció como la máxima muestra de interés de su sobrina mayor.

Marisol, desde el otro lado de la sala, lo miró a él. Y él le devolvió la mirada. Y en ese intercambio de dos segundos entre hermanos que llevan toda la vida leyéndose, Marisol le dijo sin decir nada: es buena. Y Justin le dijo sin decir nada: ya lo sé.

Cenaron con vino para los adultos y zumo de manzana para las niñas y Justin cocinó pasta con tomate y albahaca porque era lo más seguro con dos menores de diez años y porque tenía los ingredientes. Lena preguntó a Blake tres veces sobre el proceso de edición y Petra se quedó dormida en el sofá antes de que terminara la cena con la misma capacidad de dormirse en cualquier superficie que había demostrado en el tren.

Cuando las niñas estuvieron en cama, Marisol, Justin y Blake se quedaron en la mesa con el vino que quedaba.

—¿Cuándo te vas a Nueva York? —preguntó Marisol a Blake.

—Primera semana de febrero.

—¿Y ya tienes apartamento?

—Encontré uno en Brooklyn. Lo veo por videollamada la semana que viene.

—¿Y el de aquí?

—Lo mantengo de momento. Melville necesita estabilidad.

Marisol sonrió.

—¿Y Justin necesita estabilidad?

—Justin —dijo Blake, mirándolo— tiene su propia estabilidad. Lo que necesitamos es un sistema que funcione desde la distancia.

—¿Y lo tenéis?

—Estamos construyéndolo —dijo Justin.

—¿Como una fachada? —preguntó Marisol, con ese humor suyo de hermana mayor que llevaba toda la vida perfeccionando.

—Más o menos —dijo Justin.

—Las fachadas de tu hermano duran —le dijo Marisol a Blake—. Eso puedo confirmarlo.

—Ya lo sé —dijo Blake.

Y lo miró de esa manera suya que Justin ya sabía de memoria: desde el lado, con más ojos que boca, con algo dentro que no siempre tenía nombre pero que estaba ahí con la misma solidez que cualquier cosa que Blake hubiera decidido de verdad.

CAPÍTULO 23

Blake

La última semana de enero Blake empaquetó lo que necesitaba llevar a Nueva York en dos maletas grandes y tres cajas que envió por correo. Lo que no llevó, que era la mayor parte, se quedó en el 5A: la librería con sus secciones propias, el sofá gris antracita con los pelos de Melville, la lámpara de pie, el sillón de lana verde donde Melville se había sentado el día que decidió que Justin merecía sobresaliente.

Melville se quedaba con Orla durante los primeros meses, hasta que Blake tuviera el apartamento de Brooklyn estabilizado y pudiera traerlo. Orla había aceptado con la condición de que Blake le enviara al menos un manuscrito interesante como compensación, que era exactamente el tipo de trato que solo se hace entre personas que se conocen bien.

El jueves antes de irse, Justin le cocinó en el 5B. Salmón con la crema de coliflor y la vinagreta de alcaparras que era mejor de lo que sonaba, igual que en el Vessel pero hecho en casa. Abrieron el vino que Blake había traído de las últimas compras en la tienda de la esquina, un Pinot Noir del valle de Willamette que el encargado con el pelo gris había recomendado con su seriedad habitual.

Comieron despacio. La noche de enero tenía el frío definitivo pero el 5B estaba caliente con la calefacción y el olor de la cena y la luz de la única lámpara que Justin tenía encendida, que era la de la mesa y que daba al espacio una luz amarilla y directa que a Blake le gustaba más que cualquier luz de diseño.

—¿Nervios? —preguntó Justin.

—Sí. Los buenos.

—¿Y los malos?

—También algo.

—¿Por qué malos?

—Por dejar esto —dijo Blake—. No para siempre. Pero dejar siempre es dejar, aunque sea temporal.

—Sí —dijo Justin.

—¿Tú estás bien?

—Sí.

—¿De verdad?

—De verdad —dijo—. No es fácil. Pero es lo correcto y lo sé, y cuando sabes algo así lo demás es más manejable.

Blake lo miró.

—¿Cuándo vienes a Nueva York?

—El primer fin de semana que pueda. Marzo si no hay contratiempos en Ballard.

—Marzo —repitió Blake—. Seis semanas.

—Seis semanas —dijo Justin—. El andamio del edificio de enfrente del tuyo en Brooklyn ya existe. Solo tengo que subir y ver qué tiene el tejado.

Blake sonrió. La sonrisa de lado, con los ojos más que con la boca, la que Justin había aprendido a reconocer como la genuina entre todas sus sonrisas.

—¿Y si no tiene tejado?

—Todo edificio tiene tejado —dijo Justin—. Lo que varía es lo que hay encima.

Después de cenar, fregar y terminar el vino, se fueron al dormitorio del 5B. Y esa noche fue diferente a todas las anteriores porque tenía el peso de lo que venía, ese tipo de noche que sabe que es la última de una etapa y que por eso tiene más capas que las demás, más lenta y más presente, como si los dos quisieran guardar algo en un lugar donde pudieran encontrarlo después.

Justin la abrazó desde detrás con los brazos alrededor de ella y la cara en su pelo, y Blake cerró los ojos y sintió el calor de él y el olor del 5B que ya era también un poco el suyo y pensó que su madre tenía razón: las cosas que son sólidas no se pierden por la distancia.

No lo dijo. No hizo falta.

Durmieron tarde y se despertaron cuando ya había luz al otro lado de las ventanas, la luz de enero que entraba gris y limpia desde el este, la misma luz honesta que Blake había aprendido a querer en este ciudad que olía a lluvia incluso cuando no llovía.

—Buenos días —dijo Justin.

—Buenos días.

Silencio de un momento.

—Seis semanas —dijo Blake.

—Seis semanas —confirmó él.

—¿Me mandas lo del hombre del tejado aunque sea desde Ballard?

—Todos los días.

—Y yo te mando lo que vea desde el autobús en Brooklyn.

—Trato.

Blake se giró hacia él. Lo miró de cerca, como hacía cuando quería ver algo bien, sin la distancia de la cortesía social.

—Justin.

—¿Sí?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por no hacer que esto fuera más complicado de lo que tenía que ser.

Justin le puso la mano en la mejilla, igual que la noche del pasillo pero al revés, que era ella la que se quedaba quieta y él el que se movía hacia ella.

—No hay nada complicado aquí —dijo—. Hay dos personas que saben lo que tienen.

Blake puso la mano sobre la suya.

—¿Y qué tienen?

—Algo real —dijo Justin—. Eso es suficiente para empezar.

Blake asintió. Cerró los ojos. Y se quedaron así un momento más en la cama del 5B, con Seattle despertando al otro lado de las ventanas y seis semanas por delante que no eran pocas ni eran demasiadas sino exactamente las que eran.

***

El viernes por la mañana, Justin la acompañó al taxi que la llevaba al aeropuerto de Sea-Tac. Bajaron juntos las maletas, que pesaban más de lo que Blake había calculado porque siempre pasaba eso, y las metieron en el maletero.

En la acera, con el taxi esperando y el frío de enero en la cara, Blake se giró.

Justin estaba de pie frente al edificio de ladrillo rojo con la fachada perfecta, con las manos en los bolsillos del abrigo y esa calma suya que no era distancia sino todo lo contrario.

Blake fue hacia él y lo abrazó fuerte, con los brazos alrededor de su cintura y la cara en su cuello, y él la abrazó también, con una mano en su espalda y la otra en su pelo, y se quedaron así el tiempo que se quedaron sin que nadie lo midiera.

—Seis semanas —dijo ella, con la voz algo menos firme de lo habitual.

—Seis semanas —dijo él.

Se separaron. Blake subió al taxi. Justin se quedó en la acera.

El taxi arrancó. Blake miró por la ventana trasera.

Justin seguía de pie frente al edificio con la fachada sellada y perfecta, haciéndole un gesto con la mano que no era un adiós sino un hasta luego, que no es lo mismo.

Blake lo devolvió hasta que el taxi giró la esquina y la calle de Capitol Hill quedó atrás.

Entonces sacó el teléfono y escribió: El taxi acaba de girar y ya te mando el primer mensaje desde el viaje. Eso tiene que decirte algo.

La respuesta llegó antes de que llegaran a la autopista:

Me dice todo lo que necesito saber.

EPÍLOGO

Seis meses después. Brooklyn.

El apartamento de Brooklyn tenía las ventanas que daban al oeste, que era diferente a lo que Blake había tenido siempre. Las tardes en lugar de las mañanas, la luz naranja y densa de las seis de la tarde en julio en lugar de la luz gris y honesta del este en Seattle.

Le había costado tres semanas acostumbrarse. Luego había encontrado en esa luz occidental algo propio, la manera en que iluminaba la librería nueva que había comprado en una tienda de segunda mano en Park Slope y que todavía no tenía el sistema definitivo porque los libros de Nueva York necesitaban mezclarse con los de Seattle que había traído en la segunda visita, y ese proceso requería tiempo y no podía apresurarse.

Melville había llegado en marzo, cuando Justin vino por primera vez. Habían ido a buscarlo al aeropuerto de JFK con el transportín de plástico que olía a estrés de gato, y en el taxi de vuelta a Brooklyn Melville había maullado exactamente dos veces con su indignación habitual y luego se había callado y había decidido que si no podía cambiarlo más valía aceptarlo, que era una actitud que Blake encontraba filosóficamente admirable.

Ahora, en julio, Melville dormía sobre el alféizar de la ventana oeste con la indiferencia de quien lleva meses en el mismo sitio y ya no necesita demostrarlo.

El apartamento de Meridian House estaba en el piso once de un edificio de midtown, con vistas que en los días claros llegaban hasta New Jersey y que en los días normales eran suficientemente buenas. El trabajo era exactamente lo que Elara Voss había descrito: denso, exigente, con proyectos que pedían lo mejor de lo que Blake sabía hacer. Los autores eran diferentes a los de Harrow & Bell, más variados, algunos con reputaciones que al principio imponían y que

al cabo de un mes pasaban a ser simplemente personas con manuscritos que necesitaban ser leídos con honestidad.

Orla le mandaba mensajes casi todos los días. A veces sobre trabajo, a veces sobre el Prescott de turno que seguía siendo Prescott, a veces sobre cosas que no tenían nada que ver con nada y que eran exactamente las mejores.

Justin había venido tres veces en seis meses. Blake había vuelto a Seattle dos. No era suficiente y los dos lo sabían, pero era lo que había entre los proyectos de él y los plazos de ella, y dentro de eso cabía bastante más de lo que Blake habría pensado posible seis meses antes.

Los mensajes de los andamios seguían. Justin le mandaba lo que veía desde los andamios de Ballard y luego de un edificio en South Lake Union que había empezado en mayo. Blake le mandaba lo que veía desde el autobús en Brooklyn, que tenía sus propias cosas: un hombre que leía a Dostoievski de pie en el metro sin agarrarse a nada, una mujer con tres perros de tamaños radicalmente distintos que paseaba con la precisión de un director de orquesta, una librería de segunda mano en Atlantic Avenue con un cartel pintado a mano que decía Todos los libros tienen un lector que los espera.

Justin le había respondido a ese último: Eso también vale para las personas.

Blake lo había guardado en el cuaderno de cubierta negra.

***

El jueves de la segunda semana de julio Blake llegó al apartamento de Brooklyn a las siete de la tarde, más tarde de lo habitual porque había tenido una llamada larga con un autor de Chicago que estaba en el proceso de entender que su tercer capítulo no funcionaba y que necesitaba tiempo, que era exactamente lo que Hendricks había necesitado y que Blake sabía reconocer y manejar con la paciencia específica que requería.

Dejó el maletín en la silla del recibidor. Se quitó los zapatos. Fue a la cocina a por agua.

Y entonces oyó el ruido.

Un ruido que venía de la terraza, que era pequeña pero existía, que era una de las razones por las que había elegido ese apartamento sobre otros: cuatro metros cuadrados con dos sillas y una mesa de hierro verde y una maceta con tomillo que milagrosamente seguía vivo.

Blake abrió la puerta de la terraza.

Justin estaba de pie frente a la barandilla, mirando hacia el oeste desde donde el sol de julio estaba bajando hacia los edificios de Manhattan con esa determinación naranja y espesa de los veranos de Nueva York. Llevaba vaqueros oscuros y una camiseta gris y no el mono de trabajo, así que venía de fuera, del aeropuerto, y había entrado con la llave que Blake le había dado en marzo sin decirle que vendría.

Se giró cuando oyó la puerta.

—Hola —dijo.

—Hola —dijo Blake, que necesitó un segundo para procesar que era real y no el cansancio del día haciendo cosas raras—. No sabía que venías.

—Quería sorprenderte.

—¿Y si no estaba?

—Sabía que ibas a estar. Tu reunión de los jueves acaba a las seis y media y tardas veinte minutos en llegar. Llegué hace diez minutos.

Blake lo miró.

—¿Y la terraza?

—El edificio de enfrente —dijo Justin, señalando con la cabeza al edificio de ladrillo oscuro que quedaba a unos veinte metros al oeste

— tiene el tejado con algo encima. No se ve bien desde aquí pero hay plantas. Forma geométrica. Alguien lo cuida.

Blake miró en la dirección que señalaba. Desde la terraza y con la luz del atardecer se distinguía, efectivamente, en el tejado del edificio de enfrente, la silueta de algo verde y organizado.

—¿Cuánto llevas mirando eso?

—Diez minutos —dijo Justin—. Que es exactamente lo que tardé en saber que había algo ahí.

Blake cruzó la terraza y se puso a su lado. El sol de julio les daba en la cara desde el oeste, caliente y directo, diferente al sol de Seattle que cuando aparecía era lateral y suave. Diferente pero no peor.

—¿Hay alguien? —preguntó.

—Todavía no. Pero las plantas están regadas. Alguien estuvo hoy.

Blake miró el tejado del edificio de enfrente. Luego miró a Justin, que tenía la cara hacia el sol de la misma manera tranquila con la que miraba todo: sin prisa, sin necesidad de resolverlo, con la atención de quien sabe que lo que hay delante merece ser visto bien.

—¿Cuántos días te quedas? —preguntó ella.

—Hasta el lunes.

—Cuatro días.

—Cuatro días —confirmó él.

Blake apoyó la cabeza en su hombro. Justin le pasó el brazo por encima. El sol seguía bajando hacia los tejados de Manhattan y el aire de julio en Brooklyn olía a hormigón caliente y a algo verde de los árboles del parque que había dos manzanas al sur y a una pizza de algún local cercano cuyo horno debía de estar encendido.

—Me alegra que estés aquí —dijo Blake.

—A mí también —dijo Justin.

Silencio.

—Justin.

—¿Sí?

—El mes que viene tengo tres semanas libres. Si quisieras, podría volver a Seattle. Quedarme de verdad un tiempo.

Justin se giró a mirarla.

—¿Tres semanas?

—Tres semanas en el 5A. Si tú sigues en el 5B.

—Sigo en el 5B —dijo Justin—. El contrato lo renové hasta septiembre.

—¿Lo renovaste?

—Lo renové.

Blake lo miró. Él la miraba con esa calma suya que Blake había aprendido que era la versión más honesta de lo que sentía, no la que se construye para que parezca, sino la que ya no necesita construirse porque ya es.

—¿Por qué lo renovaste? —preguntó ella.

—Porque el 5B tiene buenas vistas al oeste —dijo Justin—. Y porque al otro lado de la pared está el 5A. Y porque el 5A tiene una librería con secciones propias y un gato que ya me tiene más que evaluado y un alféizar que recibe bien la luz de la mañana.

Blake no dijo nada.

—Y porque —siguió Justin, más despacio— esperaba que en algún momento del año siguiente la persona que vive en el 5A volviera. Aunque fuera en agosto. Aunque solo fueran tres semanas.

Blake le puso la mano en el pecho. Lo miró de cerca, como hacía siempre cuando quería ver bien algo.

—Vuelvo en agosto —dijo.

—Lo sé —dijo Justin.

Y la besó con el sol de julio en la cara y el tejado del edificio de enfrente con sus plantas regadas por alguien que no estaba pero que había estado, y Brooklyn al oeste y Seattle al noroeste y la distancia entre los dos siendo exactamente la distancia que había, que no era poca pero que tampoco era insalvable para dos personas que habían decidido que lo que tenían era real y que lo real merecía el esfuerzo de cuidarlo.

En el alféizar de la ventana del interior, Melville abrió un ojo. Miró hacia la terraza. Cerró el ojo.

El sol siguió bajando.

Las plantas del tejado de enfrente siguieron verdes.

Y en el pasillo del quinto de un edificio de ladrillo rojo en Capitol Hill, Seattle, dos puertas enfrentadas siguieron cerradas pero no vacías, porque las cosas que son sólidas guardan algo dentro aunque nadie las esté mirando.

FIN

NOTA DE AUTOR

¡Hola! Muchas gracias por leer. Si te ha gustado la novela no olvides leer “Ni un sí, ni un quiero (contigo)” y “Cuando los petalos caen” de la misma colección.

https://www.amazon.es/stores/Kella-Foster/author/B0H1RKG4RX